



1985

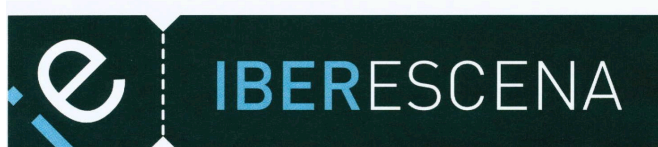
Por Nathaly Rubio Castaño

Editores:
Adriana Urrea y Ruben Yepes

(Texto beneficiado por el Programa Iberescena de ayudas a la Creación dramática y coreográfica en residencia)

Año 2016

Dedicado a los desaparecidos de la cafetería del Holocausto del Palacio de Justicia



Agradecimientos

*La realización de este proyecto se la debo a mucha gente:
A mi padre, detonador y colaborador de esta escritura por su generoso testimonio.*

*Al Maestro Héctor Bourges, tutor de este proyecto,
gracias por la gestión y la asesoría, gracias por creer.*

*A la Maestra y amiga Adriana Urrea, por su edición, asesoría escritural y
por su acompañamiento generoso y afectuoso.*

*Al Doctor, colega y amigo, Rubén Yepes,
por la edición, asesoría y acompañamiento constante y también afectuoso.*

*Al abogado Alejandro Valencia,
que tanto y tan generosamente contribuyó a este proyecto.*

*A la Artista Heidi Abderhalden,
por su asesoría y confianza, por su tiempo.*

A mis amigos y colegas:

*Andrés Castañeda, Santiago Sepúlveda, Juan Mosquera,
Verónica Ochoa, Calafia Piña, Ximena Vargas, Violeta Ospina,
Laura Furlan, María Eugenia González, Daniela Guillen y Rey Arango.
Al taita Florentino Ágreda indígena Kamsa, gracias por salvarme la vida,
no importa si muero mañana, me ayudó a encontrar el sentido.*

*Al taita Juan y a Waira en Guasca,
por su amorosa medicina y su apoyo espiritual a este proceso.
Al Abuelo Alfonso por su sabiduría y generosidad para compartirla.*

A mi familia

*A todos los colaboradores que me encontré en el camino,
en especial a Alexis que me llevó al desierto aún cuando no quería.*

Gracias a todos por su apoyo y su acompañamiento, por hacer que este texto exista.

Prólogo

1985 se escribió a partir de un laboratorio de experimentación sobre los estados de un cuerpo enfermo. Este laboratorio se llevó a cabo de junio a noviembre del presente año y buscó configurar, a partir de un “paisaje de relaciones” y de una acumulación de símbolos, una alegoría de un cuerpo y un Estado enfermos.

La finalidad de este laboratorio no fue concretar una pieza u obra final; en su lugar, buscaba conformar un espacio exploratorio y expandido para la escritura en el que la deriva fue el dispositivo articulador.

Es diciembre de 2016 y el laboratorio acaba de finalizar, por lo que el material recolectado todavía está en un estado crudo, en bruto. Presento una selección de textos y anexo el documento de imágenes producidas y recogidas durante el curso de este laboratorio: “Resonancias, la ruta en la deriva”.

Estos textos híbridos fueron construidos a partir de recuerdos, sensaciones, imágenes, sueños, citas médicas, relatos, notas periodísticas y ficciones, e inducidos a través de sustancias psicotrópicas: marihuana, ayahuasca y peyote, medicinas que hacen posible que ustedes los lean hoy, luego de que hubiera creído que me despedía de la existencia. Los textos sobre estas medicinas aun están en proceso, en digestión, en reflexión.

Agradecimientos

La realización de este proyecto se la debo a mucha gente:

A mi padre, detonador y colaborador de esta escritura, muchas gracias.

*A Adriana Urrea, por la asesoría escritural y la edición,
por su acompañamiento generoso y afectuoso.*

A Rubén Yepes, por su asesoría y acompañamiento constante.

A Alejandro Valencia y Heidi Abderhalden que tanto contribuyeron.

A Héctor Bourges por la gestión y asesoría.

A mis amigos y colegas:

Andrés Castañeda, Juan Mosquera,

Santiago Sepúlveda, María Eugenia González,

Laura Furlan, Daniela Guillen

A mi familia

Gracias a todos por su apoyo, su acompañamiento, por hacer que este texto exista.

(...) La imagen de la felicidad que cultivamos se encuentra teñida por completo por el tiempo al que el curso de nuestra propia existencia nos ha confinado. Una felicidad capaz de despertar envidia en nosotros solo la hay en el aire que hemos respirado junto con otros humanos, a los que hubiéramos podido dirigirnos; junto con las mujeres que se nos hubieran podido entregar. Con otras palabras en la idea que nos hacemos de la felicidad late inseparablemente la de redención. Lo mismo sucede con la idea del pasado, de la que la historia hace asunto suyo. El pasado lleva un índice oculto que no deja de remitirlo a la redención. ¿Acaso no nos roza, a nosotros también, una ráfaga del aire que envolvía a los de antes? ¿Acaso en las voces a las que prestamos oído no resuena el eco de otras voces que dejaron de sonar? ¿Acaso las mujeres a las que hoy cortejamos no tienen hermanas que ellas ya no llegaron a conocer? Si es así, un secreto compromiso de encuentro está entonces vigente entre las generaciones del pasado y la nuestra. Es decir: éramos esperados sobre la tierra."

"Articular históricamente el pasado no significa conocerlo "tal como verdaderamente fue". Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relumbra en un instante de peligro".

Walter Benjamin

Recuerdo un libro que había en mi casa cuando yo era niña que me parecía aterrador, me impresionaba la imagen de una niña que estaba muriendo en el agua, en una espera infinita, atrapada en medio de muchos objetos y de gente que trataba de ayudarla infructuosamente, pues estaba atorada bajo el agua y el país en esa época no contaba con los equipos técnicos que se requerían para liberarla, así que todo el país vio su larga agonía por televisión. La imagen de Omayra Sánchez, víctima de la avalancha que azotó al municipio de Armero Guayabal en el departamento del Tolima Colombia. Esta es la imagen¹ que tomó el fotógrafo Frank Fournier, la que fue premiada en la competencia de fotografía de *La fundación World Press Photo* y le dio la vuelta al mundo.



¹ Imagen tomada de [En línea] http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/misc/newsid_4305000/4305372.stm

Una semana después del Holacusto del Palacio de Justicia, el 13 de noviembre de 1985 el volcán Nevado del Ruiz hizo erupción ocasionando una avalancha que borró a Armero de la faz de la tierra, según me cuenta mi papá que afirmaba Juan Gossain, un periodista colombiano que transmitió la noticia a primera hora en la mañana del 14 de noviembre. Mi papá recordaba que el día anterior en su viaje rumbo a Ibagué, ciudad capital del Tolima de la que es oriundo, se detuvo en Armero a comprar unos mangos para llevarle a mi abuela, cuenta que la noticia lo dejó sin palabras, que no supo qué pensar durante unos minutos. Mi mamá también cuenta su versión, ella es del Líbano, un pueblo también del Tolima, dice que se acuerda de que salían con mi papá y mis tías a bailar a las discotecas de Armero en los años setenta. Y se alcanza a vislumbrar la tristeza que se dibuja en sus rostros.

Mi mamá y mi papá, quienes en 1985 vivían en Bogotá, nos cuentan que mis tías maternas el día de la avalancha tuvieron que salir corriendo de las casa del Líbano a refugiarse en la montaña ya que estaban en una zona de alto riesgo. Las tías pasaron la noche esperando en medio de la incertidumbre y el dolor de los que no alcanzaron a ponerse a salvo.

Es por todos los caminos que se cruzan en esta imagen y que detonan tantos recuerdos, que permanezco ligada a ella. Pero en ese mismo libro, la imagen de la portada, una fotografía de la fachada del Palacio de Justicia en llamas me suspendía en un instante enigmático, un “instante de peligro”. Sabía que mi papá había participado en la retoma del Palacio de Justicia, pero no entendía bien todo el contexto de los hechos. Él fue suboficial las Fuerzas Militares de Colombia durante 22 años, por lo que yo viví los primeros 12 años de mi vida en batallones militares, escuchando las arengas espasmódicas de los soldados que trotaban por el batallón antes de que entrara la primera luz del día.

Con estos cantos abrían la luz de los días:

Cuando veas a la muerte, ríete bien alto y fuerte,
apúntale de frente a los ojos, y dispárale en la frente.
La muerte como es mujer, es bonita y traicionera
por eso siempre estaré, acechante y a la espera.

Y si sigue insistiendo, no me ha de preocupar
el que muera un soldado, (guerrillero o paraco...) ² siempre ha
sido lo normal ³.

Yo, “¿bonita y traicionera?” aún con la familiaridad que me causaban los ambientes militares, la fotografía del Palacio en llamas no deja de impresionarme, ha sido objeto de mis indagaciones, la he dibujado, la he pintado, he recorrido sus habitaciones, he repasado sus vestigios, he permanecido en la pregunta sobre ella. ¿Qué hay en ella? Es

² Modulación de palabras propuestas por la autora.

³ Tomado de [En línea:] <http://www.taringa.net/post/deportes/17870300/Canciones-Militares-para-Trotar.html>

como si me transmitiera la sensación plena de los cuerpos que ardían en ese instante que fijó la imagen.

Mi papá fue escogido para entrar al Palacio de Justicia, porque él en esa época era el campeón nacional de tiro al blanco en tres posiciones. Yo veía a mi papá como un héroe y todos los años cuando mostraban en las noticias imágenes conmemorativas de los hechos del Palacio, siempre creía que él era el que llegaba en un helicóptero a la azotea del cuarto piso del palacio. Yo siempre pensé que mi papá era ese que se ve caer mal, lo que además explicaba las lesiones de las rodillas por las que fue operado varias veces.

Fue muchos años después, en una indagación distinta cuando me di cuenta de que los recuerdos que tenía eran una ficción que yo había creado a partir de las imágenes a las que había tenido acceso, imágenes que me impactaban desde niña y que no solo estaban ligadas a mí por la historia de mi padre, de mi familia, de mis tías, de los recuerdos de los otros, sino que estaban ligadas a mi propio origen, mis antecedentes, mi genealogía, ligadas a mi futuro. Y que mi versión distaba mucho de la realidad.



Holocausto del Palacio de Justicia-Bogotá 1985⁴

Había hecho un video, hice una puesta en escena, había creado una versión de mi origen, construido mi historia a partir de imágenes, de voces o rumores escuchados, tonos, murmullos, bostezos... Había sospechado mi vida en todas partes, la había ficcionado, en una sobre-exposición que nos hace ver grotescos, bizarros, como personajes posando para una fotografía de Joel Peter Witkin, como freaks, con la extrañeza de vivir marcados y entrelazados a vociferaciones, gesticulaciones de verdades, que han sido las mentiras que hemos recreado y mantenido para sostener y soportar la vida.

En la obra: *Lo mejor es que nos olvidemos* "Nathaly Rubio, teje algunos indicios a través de un libro y un gesto dramático, en los que devela la desconcertante situación de haber tenido dos madres, una de ellas no es su madre, sino su tía abuela porque al parecer es

⁴ Tomado de [En línea:] <http://utopialapalabra.blogspot.com.co/2012/11/la-justicia-colombiana-en-paro.html>

hija de una monja y de su tío abuelo, padre de la otra madre, lo cual hace que ésta sea, además de su madre (la de la artista), su prima en segundo grado”⁵.

Ficcionalizar mi procedencia y unir fechas históricas con relatos familiares me hace sospechar que mi llegada al mundo no fue el 9 de diciembre de 1985, como que nací en medio, nací entre las dos tragedias, nací entre el Palacio y Armero.

Ahora, sabía que mi llegada al mundo no había sido deseada y que estuvo marcada por los estremecimientos del fuego que ardía en el Palacio de Justicia, fuego que ardió en el volcán... Fuego de la convulsión de 1985... Fuego que eché cenizas al aire y que se quedaron flotando en la atmósfera hasta nuestra época.

En medio de la extrañeza, del guayabo moral o como se llame el sentimiento que genera el no reconocerse, empiezo a buscar razones, explicaciones, a tejer versiones...

Llamé a mi papá y le pedí que me hablara sobre Palacio de Justicia por la relación con Armero, es notorio que para él siempre ha sido duro hablar de esos hechos, mi mamá nos contaba que él a veces no podía dormir después de lo que había vivido, que se despertaba de un brinco.

Mi papá empieza haciéndome una lista de los rangos por los que pasó en su vida militar, luego me hace un inventario de los lugares donde vivió y de las medallas que se ganó. Me cuenta que fue una casualidad que entrara al Palacio, ya que justamente ese día salía de vacaciones, pero un retraso, sumado a su medalla que lo acreditaba como campeón nacional de tiro al blanco en tres posiciones, hicieron que en su memoria se fijaran indelebles los recuerdos, las imágenes, el olor y el sonido de esos dos días. Le conté a mi papá lo que yo me había imaginado siempre sobre su llegada al palacio, la imagen que me había hecho de los helicópteros, y él empezó a contarme su versión, que concordaba con una declaración suya que me había encontrado googleado su nombre:

El Sargento Segundo Rubio, del Batallón Guardia Presidencial, declaró:

«...Bueno el 6... me llamaron, estaba en el Batallón, como por ahí a las 4 y media de la tarde y me mandaron con el Teniente Martínez y el Sargento Segundo González Núñez, ambos del Guardia, en un vehículo aquí al Palacio de Justicia, con unas granadas para fusil y el objetivo era venir a dispararlas. Cuando llegamos a la puerta principal o sea a la Plaza de Bolívar ya se encontraba el tanque adentro, antes trataba ya de salir y en esos momentos salió uno que estaba ahí y había otro más adentro, al fondo, ese si quedó allá. En esos momentos llegó mi General Arias y un General de la Policía que estaba dirigiendo la misma operación y junto con ellos subimos al cuarto piso, eso fue más o menos por ahí a las cinco y media de la tarde del día seis.

*De ahí en adelante perdí la noción del tiempo porque eso estaba oscuro (...)*⁶

Leí todo el recorrido que hizo mi padre para llegar hasta el lugar por el que pensaba que había entrado. Poco a poco se fueron calmando mis reclamos, cada vez sabía más, tenía

⁵ Juan Mosquera, Teatralidades expandidas, muchas obras en ninguna obra. O un modesto homenaje a N. Texto inédito.

⁶ Consejo Superior de la Judicatura, Corte Suprema de Justicia. Libro blanco – 20 años del Holocausto del Palacio de Justicia. Pág. Legis S.A., Bogotá, D.C: 2005

más información sobre aquellas imágenes que me impresionaban desde que era una niña. Cuando yo estaba hablando con él, cuando leía, no era capaz de dimensionar lo que me estaba contando, no podía imaginar el olor y el sonido a metralla, el humo y las paredes que describía mi padre.

De toda su versión, me quedé con la siguiente pregunta: ¿por qué mi papá tuvo que pasar por Armero en su tránsito hacia Líbano? El paso por Armero no es obligado en el camino entre el Líbano e Ibagué. Cuando le pregunté por esta discordancia que es la que me hace sospechar que soy de otra época, me respondió que él iba del Líbano a Ibagué, a lo que respondí rápidamente con más preguntas que nos confundieron a los dos. Nos siguen atormentando. Si el objetivo del viaje era recoger de afán a mi hermana en Ibagué para que mi mamá pudiera tener un parto tranquilo cuando yo naciera y según su versión yo estaba por nacer cuando sucedió la avalancha de Armero, ¿cómo es posible que él ya se encontrara en Líbano el 13 de noviembre en un viaje que hacía de afán? Y que yo estuviera por nacer.... ¿Casi un mes después?

Mi mamá complementa la confusión comentando que efectivamente mi papá pudo traer a mi hermana un día antes de que yo naciera, lo que tampoco concuerda con el relato de un viaje afanado, ya que mi supuesto nacimiento ocurrió casi un mes después de la avalancha de Armero, el 9 de diciembre de 1985.

A mi papá le dio una confusión repentina, de pronto tenía mucho afán por terminar rápidamente con esa conversación y ocuparse en otras cosas.

Sin más versiones que las inventadas y recreadas por las imágenes que he visto y los rumores que he escuchado, he creado múltiples historias sobre mi misma, nací en Armero y me regalaron, nací en el Palacio y me calcinaron, soy la hija de la prima hermana del sobrino de un mocho que es también sobrino de mi mamá y que soy ahora la que hay entre mí y mí.

La conversación armó una nube entre mi papá, mi mamá y yo, una distancia indiscernible, ya sus palabras no me llegaban claras, ni podía hacerme una imagen distinta de ellos. Empezaron a nublarse todos mis recuerdos, de pronto estaba envuelta en la atmósfera del pasado, de luces tenues y cuchicheos de señoras que planean cómo regalar un hijo sin que los vecinos se enteren. Sentí que la sangre y las entrañas me jalaban hacia otros lugares, me reconocí en otros rostros, en otros tonos y en otros gestos y me desconocí por completo.

La confusión de mi papá parecía confirmar que la historia de mi vida era una ficción, me adentraba en un río de preguntas, de verdades a medias, de palabras no dichas, de pendientes y de nostalgias...

La imagen de héroe de mi padre se fue encriptando, se fue desdibujando y se fue cargando de misticismo, de extrañeza, de rareza, de curiosidad; fueron pasando los años y yo ya no era pequeña y los cantos de los soldados se me iban volviendo odiosos e iba entendiendo que ser malo depende del bando en el que uno está y me encontraba dividida entre pensarme de un bando o de otro... Por la culpa ajena, por el dolor ajeno, por la nostalgia.

Mi estremecía al encontrarme con todas las versiones, con las voces de los que sobrevivieron, la versión de los hijos de los desaparecidos, de los muertos, de los torturados, las imágenes que hacían aparecer verdades y mentiras y que nos enfrentan al

horror que se vivió y se sigue viviendo en este capítulo atroz que se cruza en nuestras vidas.

En el año de 1985 sucedió la mayor tragedia de la justicia en Colombia. El Palacio de Justicia, con sus magistrados, magistrados auxiliares, empleados, visitantes y abogados, fue tomado en asalto por guerrilleros del M-19, quienes buscaban realizar un simbólico “juicio político” a la política de paz de la época. Como respuesta a este hecho violento, el Gobierno ordenó la recuperación militar del edificio, a costa de la vida de más de 100 personas, entre ellas 11 magistrados de la Corte. Durante dos días la casa de la justicia fue atacada, sus estructuras derrumbadas, profanado el templo con sus sacerdotes adentro. Las armas que en otro tiempo dieron independencia al país, silenciaron las leyes que le daban algo más importante: la libertad. La Corte Suprema de Justicia fue gravemente herida, abandonada ese día se enfrentó con palabras a la irracionalidad de un poder que no entendió el lenguaje de los justos. Desarmados como muchos colombianos, los rehenes levantaron pañuelos blancos, intentaron dialogar, acudieron al derecho, confiaron en el respeto por la vida, pidieron que cesara el fuego, pero, como muchos colombianos inocentes, fueron invisibles en una batalla que ignoró su esencia y no supo cómo proteger a quienes entregaron su vida para construir convivencia”.

No se entendió el lenguaje de los justos.

Carlos Isaac Nader
Ex presidente de Corte Suprema de Justicia
prólogo del Libro Blanco
20 años del holocausto del Palacio de Justicia

El lenguaje de los justos no modulaba palabras, lanzaba quejidos, quebrantos, gritos... Sigue hoy gritando, sigue vivo en los recuerdos de quienes ni siquiera tenemos imágenes del recuerdo, los que por conmoción recordamos, por la afectación del cuerpo, que se asimila apaciguándola, relegándola, calmándola. La realidad rota, la imagen del presente nublada, no parece pertenecer a nuestra época, la extrañeza... Y los hijos de la guerra: tartamudos, bobos, sordos, mudos, brutos, burdos, torpes, enfermos, resentidos, inadaptados, desviados, estúpidos... ¡Cada vez más estúpidos!
Los hijos de los buenos, de los malos, de los que no sabían nada, de los que nada tenían que ver... Todos confluimos en tejidos de versiones sobre el Palacio de Justicia, sobre los desaparecidos... Todos preguntándonos ¿por qué? ¿Cómo lo permitieron? ¿Cómo nos lo permitimos? ¿Cómo lo hicieron? ¿Cómo fueron capaces? Quiénes, cuándo, dónde, cómo... Por qué...

Las eternas preguntas de un desvalido, de un agonizante, de un enfermo... ¿por qué a mí? Y... ¿Por qué no?

Recuerdo que cuando me diagnosticaron mi enfermedad autoinmune, una amiga médica me decía que hiciera de cuenta que el sistema inmune era un batallón en el cuerpo, encargado de combatir a los intrusos, a las amenazas. En personas con trastornos autoinmunes, como yo, ese batallón se enloquece y ataca a las células de su propio organismo. Se auto consume. Esta imagen de la enfermedad, que retomaré más adelante, es la misma imagen que para mi constituye el Holocausto del Palacio de Justicia, en la que el propio Estado colombiano atacó a uno de sus órganos...

Uno de los temas más misteriosos del teatro griego clásico es que los hijos están predestinados a pagar las culpas de los padres.

No importa que los hijos sean buenos, inocentes y piadosos: si sus padres han pecado deben ser castigados⁷.

¿Acaso es un castigo enfermarse, heredar hasta los silencios, vivir en hipnosis o anestesia; nacer con cola de cerdo para ser identificado fácilmente como un hijo que nace “de más”? Somos los hijos los predestinados a redimir las culpas de los padres. ¿Es esto una frase afirmativa, una pregunta, una respuesta, una propuesta, una sentencia?

¿Cuáles son los que nacen “de más”? Evidentemente, no es posible decirlo. Pero algo es cierto: un niño intuye enseguida –al cabo de solo unos días de vida– si su venida al mundo ha sido deseada o no. Si intuye que no ha sido verdaderamente deseado, o, lo que es peor, si intuye que es indeseado, enferma⁸.

Mi versión de la vida me hace pensar todo el tiempo en *Cien años de soledad*, pensaba que esta familia está predestinada al silencio, pensaba en los abuelos y en la atmósfera del Líbano, un pueblo lánguido en el que el tiempo parece estirado, lento. Me pregunto si he nacido de más o si he nacido predestinada a vivir en la constante extrañeza de los hijos que deben redimir las culpas de los padres, la cadena de confusiones se hace extensa en mi pensamiento. ¿Acaso mi papá redimió las culpas de la abuela?.

⁷ P. P. Passolini, *Cartas luteranas*. Pág, 11, Madrid: Trotta. (2010)

⁸ P. P. Passolini, *Cartas luteranas*. Pág, 57, Madrid: Trotta. (2010)

El espectro de la enfermedad

Hacia Medellín

Noviembre de 2014

Quiero hacer un viaje a Medellín con la esperanza de encontrar ayuda, bueno la verdad es que ya casi sin esperanza; más bien quiero viajar desesperada y cansada de caminar horas, de los buses repletos y atascados, de las eternas filas, de la cara engreída de quienes me atienden por una ventanilla mientras yo espero con dolor y la energía agotada, de que casi siempre me responda una engreída cara que parece burlarse en la cara pálida de quienes frecuentamos las ventanillas y hediondas filas, su hedor a enfermedad, a carne descomponiéndose, cauchada, a dolores, la hace mas insoportable. Nos atienden con gestos molestos y sofisticados; tengo la seguridad de que a las personas de estas caras engreídas y cauchudas las han entrenado para atendernos con tantos gestos de desagrado como sea posible en esos pocos minutos en los que “pacientes” esperamos horas, días, meses y hasta años... Caras que gesticulan a mucha velocidad explicando trámites enredadísimos para seguir en el trámite, el papel, la fila para corregir sus equivocaciones; para conseguir un enredo más, un obstáculo más que hay que atravesar para lograr ser atendido. Ésta es la verdadera escuela del teatro, la de la vida real y esos teatreros entrenados para que no se identifiquen con las caras de furia, de desconuelo, de dolor, de desesperanza; que son tan reales en estas calles, en este país de víctimas, enfermos, desplazados, hambrientos y violentos... Estoy cansada de que me intenten hacer el paseo de la muerte a cada día en este nefasto y mal nombrado sistema de salud... Salgo de mi casa a diario con la voz de “El cantante” puertorriqueño “La calle es una selva de cemento, y de fieras salvajes, ¿como no?, ya no hay quien salga loco de contento, donde quiera te espera lo peor” (...) Por lo menos la musicalización de la tragedia le da ritmo a esta marcha y sentido a mi cantar...

Hay pelos en todas partes, camino como en una alfombra de pelos; el cabello se me cae a puñados. Despierto en las frías noches bogotanas –cuando puedo conciliar el sueño– juagada en sudor, un sudor frío, apabullante que corre por mi pecho demostrando como el cuerpo en estas heladas noches se deshidrata, se seca llorando por todos los poros y sigo sin saber qué hacer, cómo consolarlo, cómo calmarlo... Paso largas horas mirando por la ventana, mirando al que duerme a mi lado plácidamente y no dejo de preguntarme ¿Por qué me pasa esto a mí, que también quiero dormir con placidez?, ¿Qué es lo que estoy dejando pasar?, ¿De qué no me doy cuenta?... Porque eso es lo que me dicen muchas voces: que soy culpable de estar enferma, que reflexione, que

siga el hilo de mi pensamiento y me dé cuenta en qué momento ¿decidí enfermarme? Por más que me suenen odiosas sus palabras no dejo de hacerme esas preguntas... ¿Será que no es un intruso y soy yo misma haciéndome en Harakiri? ¿Y por qué entonces, esta extrañeza de la enfermedad empezó antes que yo tuviera conciencia, desde que era una bebé? ¿Por qué he vivido toda la vida vigilante de mi salud? ¿Por qué mi familia recuerda y me relata enferma desde siempre?

Creo es que esos rumores son excusas a las que nos han acostumbrado para justificar lo injustificable, la extrañeza de vivir y padecer los errores del pasado y del presente, pero no solo de uno mismo, porque... Cómo podría haberme enfermado cuando era una criatura sin conciencia. Mi extrañeza surge de pensar que tal vez no me enfermé sola, tal vez la enfermedad y la extrañeza es la alarma de una generación de injustos, inadaptados, irracionales, inconscientes; tal vez la indiferencia al dolor ajeno es la que hace señalar lo débil, lo torpe; tal vez la diferencia y esa extrañeza hace sentir a esta generación amenazada por el karma de nuestra raza, tal vez el miedo a lo que han detonado las barbaries y ríos de sangre en la tierra en la que yo nací es lo que nos condena...

Creo que la enfermedad es el indicio más fuerte que tengo del origen de mi sangre negativa, soy Rh (-) y me parece que eso no solo es un símbolo, una escritura; es más amplio su significado cuando. Lo he llamado el espectro de la sangre que corre por mis venas y por la de todos los que comparten mi generación. Me gasto los días tratando de que en el presente me den respuestas, por lo menos un diagnóstico para así poder seguirle la pista al espectro, para así saber exactamente en qué sistema se aloja, a qué corresponde, qué es lo que intenta atacar, cuál es su plan, a qué célula pertenece... Me toco el cuello, sigue inflamado, ya no sé si la inflamación se mantiene por falta del grito desahogador y necesario o de tanto tocarme, de tanto masajearme el cuello cada noche buscando la evidencia de esta extrañeza tan enorme que me inunda, cada vez que cuento estas bolas que me aprisionan las palabras, las babas, el aire, la sangre; cada vez me emociono porque creo que tengo alguna menos, pero toco bien y ahí están, a veces me ha aparecido alguna más, no me duelen pero deberían dolerme – creo– para que al menos haya alguna alarma de esto tan extraño que crece adentro sin ningún aviso, como un enemigo silencioso que sigiloso se va metiendo en la propia casa, en el cuerpo, se va extendiendo plácidamente y empieza a hacer su casa dentro de la mía, empieza a bloquearme los canales de comunicación a cortarme la respiración, el habla. Seguro tiene un plan de combate sigiloso...

Me siento cada vez y a cada día, a cada minuto y cada hora, a cada instante, con una necesidad ahogada de un grito que me desgarrar... No sé si de tanto pensar en si seré yo la que me hago el harakiri, hace unas noches tuve una imagen penetrante: fui por

un bisturí de precisión que tengo en frente mío en una cajita del escritorio para abrirme la garganta, me empecé a mirar frente al espejo, me detallaba la cara, las manos, el cuello y palpaba con mis manos el lugar preciso de las bolas, hice una línea tenue con un lapicero azul sobre la que debía cortar con el bisturí, la línea no era recta, iba desde atrás de mi oreja izquierda, bajaba casi hasta la clavícula, de ahí doblaba hacia la tráquea y subía justo por su lado derecho, por el cuello y por debajo del mentón, delineaba mi cara por todo el filo del hueso de la mandíbula hasta llegar al punto preciso entre la oreja derecha y la mejilla, justamente ahí donde me crece otra bola, por ahí subía la línea. No entiendo qué pretendía esa noche pero la línea no solo era en la parte del cuello, empecé a seguir desde la mejilla el contorno de la línea del pelo con el lapicero azul, en la parte de mi frente como tengo mucho pelo necesité un marcador para resaltar esa línea que se hacía gruesa en mi frente, muy gruesa, bordeé mi cara hasta el lado izquierdo nuevamente, a la altura de la otra oreja decidí bordearla y pasé por detrás de ella para unir la línea con el punto de salida. Cuando terminé, por alguna razón también tenía delineada parte de la nariz, como haciéndome media cara; después tomé el bisturí de precisión y ya que me era muy difícil alcanzar la parte de atrás de la cabeza por donde había iniciado la línea y además porque pensaba que si era yo misma la que me iba a cortar eso sí podía ser un harakiri, así que decidí hacer el corte en el mismo sentido en que se hace en ese ritual, de izquierda a derecha; pero como soy mujer ni el harakiri me es permitido, las mujeres practicaban este ritual cortándose el cuello; pero yo tampoco pretendía el suicidio, ni era un auto ajusticiamiento, creo que lo que alentaba aquella noche era la simple curiosidad o mejor dicho, la más compleja de las curiosidades, y aunque no me estaba apuñalando las tripas sí tenía una sensación visceral en mi garganta que quise diseccionar, decidí empezar por el lado de la tráquea, por el centro en el cuello e irme hacia el lado derecho, siguiendo por el cuello al mentón. Cuando empecé a cortar estaba sorprendida de ver la piel por dentro, había una capa blanca y luego se veían pedacitos de hueso, sabía que debía ser muy cuidadosa en esa disección porque podía cortar alguna vena, también sabía que mi compañero que dormía a mi lado podía despertarse en cualquier momento e impedir mi disección, así que me daba prisa, empecé a cortar y me parecía que el bisturí era demasiado pequeño y romo para esta tarea, fui por un cuchillo a la cocina, la alfombra toda se manchaba de la sangre que empezaba a gotear de mi cuello mientras caminaba, tenía angustia, corrí nuevamente al baño, había una luz muy brillante encima mío que permitía observar todas las nervaduras de la carne, empecé a lavar con abundante agua la sangre para detallar bien todo ese tejido, corté por debajo de mi mentón y por el filo de la mandíbula, intentaba levantar la piel como si fuera una capa de tela pero estaba pegada a la carne así que empecé a cortar entre la carne y la piel con mucha sutileza para levantar sólo la piel y tener cuidado de no cortar donde no debía, por la complejidad de la zona en la que cortaba, sabía que podía equivocarme y no iba a poder llevar a cabo esa disección,

lo que me aterraba inmensamente, pues la curiosidad era mayor al miedo, quería ver todo, ver bien todo lo que estaba debajo de la piel y sus primeros tejidos. Podía verme medio cuello abierto. Veía los músculos y los tejidos, veía pedazos blancos y rojos que conformaban toda la amalgama de mi cuello. Las líneas del lapicero empezaban a borrarse con la sangre y el agua, ya no sabía bien en dónde estaban las bolas que había marcado con lapicero y no sabía tampoco qué hacer cuando me encontrara con una. ¿La corto o no? No sabía mi intención, tal vez sólo quería verlas ¿Las podré distinguir? Cómo se verán, me preguntaba intensamente. ¿Rojas, blancas, rosadas, amarillas? En ese momento decidí que debían verse más claras que la carne o la sangre; entonces empecé a hurgar con mis dedos, no sentía ningún dolor, sentía mucha curiosidad y un pequeño ardor, también estaba muy emocionada, tanto que mis dedos hurgando temblaban, creí identificar una bola y pero no estaba en la superficie, estaba debajo del tejido del músculo, hice una pequeña y fina incisión en el sentido de sus fibras para no atrofiarlo mucho, metí mis dedos y empecé a jalar la bola, cuando la saqué a través del corte del músculo, de ella se vino prendida una fibra, una tira, no sabía qué era, ¿sería una vena?, o tal vez era el mismo músculo; para cerciorarme, apreté con mi puño la fibra, no sentía ningún palpar, no parecía que fluyera sangre adentro y tampoco tenía la sensación de estar empuñando el espectro, así que decidí jalarla ¿sería algo importante? De pronto jalaba y a jalaba y sentía cómo esa hebra, esa tira, se desenrollaba de mi cuello, la sentía pasar por mi paladar, por la garganta, a veces se trancaba y es porque venía otra bola enredada, en ese momento estaba feliz porque pensaba que había encontrado la cuerda a la que estaban amarradas o conectadas todas las bolas, seguí jalando; salían y salían metros de fibra como si fuera una tripa delgada, como si se me hubiera enredado el cordón umbilical en el cuello y me lo hubiera tragado, seguía jalando y seguía saliendo esta delgada tripita como cuando de la caja de un mago sacan pañoletas de colores que vienen amarradas unas a otras y que parecen tejer una tira interminable y uno no se explica cómo en una caja de ese tamaño se podía albergar una tira tan larga. Así sentía mi cuello, toda una caja de sorpresas que se develaba ante mí, quería llegar al fondo, jalaba y sentía que esa cuerda, esa tripita alojada en mí, pasaba por detrás de mi cabeza, por la frente, por los oídos por la nariz; desconocía esa sensación, solo podía compararla a cuando me retiraron los tapones de una cirugía que me hicieron en la nariz cuando era adolescente. Los tapones que me pusieron en las fosa nasales después de la cirugía permanecieron obstruyendo mis fosas más de una semana y la cabeza me era demasiado grande y pesada y ya sentía que no soportaba escuchar, que todo me dolía, que no soportaba mi propia existencia. Cuando fui a la cita con el cirujano, este retiró los tapones, atendiendo a la curiosidad que me caracteriza no los perdí de vista, quería ver cómo eran, de qué tamaño y de qué material estaban compuestos. Eran un par de dedos de guantes quirúrgicos rellenos de mucha gasa, estaban rellenos hasta que el látex de los guantes se estiraba y alcanzaban un tamaño tal que no sabía cómo habían

hecho para meterlos en mi nariz; el cirujano jaló cada dedo gigante con una pinza. De lo que más me acuerdo es de la sensación de alivio que sentía, esos dedos me llegaban hasta la frente, esa era la zona que más se aliviaba cuando sentía que jalaban esa gran obstrucción, todo se descongestionaba; cuando sacó el tapón, se vino con él una gran masa de flema acumulada, pegada encima, como amarrada al tapón que obstruía su salida. La flema había esperado para fluir y solo al jalón de los tapones lo hacía como si ya no pudiera contenerse más, casi sentía mi frente estallando. Mientras el cirujano empezó a extraer esa flema sentí al inicio pudor que se me pasó rápidamente al sentir que volvía a la vida, que me estaba destapado la cabeza, estaba sacando toda la congestión de mi frente y sentía cómo jalaba y era lo más placentero que había sentido. Cuando retiró de ambos lados los tapones y las flemas, que no eran flemas en grumos, no, eran una tira que el jalaba, cuando salió todo y respiré después de varios días en los que hubiera preferido morir a seguir cargando mi cabeza, descansé, fue uno de los descansos más placenteros de toda mi vida, sentir el aire atravesando por mis fosas y llegar hasta mi cabeza, era como un éxtasis; el mismo éxtasis en el que me encontraba mientras jalaba esta cuerdaespectro que no sabía cuántos años llevaba amarrando mi garganta, mi cabeza. Empecé a sentir que el verdadero problema no eran las bolas que venían pegadas de la cuerdaespectro y que como nudosbolas iban apareciendo adheridas a esa cuerdatripaespectro, que salían de mi cuello bolas en forma de una camándula, un nudobola, luego un pedazo de cuerdaespectro y otro nudobola, la distancia no era similar entre los nudosbolas, pero sí parecía una camándula saliendo de mi cuello abierto. En ese momento decidí empezar a hacer una plegaria por mi vida, una plegaria en cada bolanudo que salía, a rezar el rosario que nunca había podido pronunciar porque la misma camándulatripanudosoespectrobolacuerda me estaba aprisionando por dentro, hasta quitarme mis propios rezos. Rezaba para que todo el espectrointruso de mi cabeza, de mi sangre, saliera esa noche de mi cuerpo o por lo menos para que parara de atacarme. La emoción de creer que iba a poder gritar y respirar libremente me hizo tomar un impulso vertiginoso que me hacía jalar sin ningún cuidado de lo que fuera, las bolasnudos o venas, tripas, músculos, carne, no importaba qué se viniera jalado en ese momento eufórico, lo importante era jalar sin miedo a dañarme o enloquecerme en medio, porque también sentía que tiraba de parte de mi cerebro y ya no me importaba si conservaría mi cuerpo intacto, ni la cicatriz que me estaba armando, ni el hueco que me iba a quedar, solo jalaba y jalaba y a veces esas cuerdastripas se venían con un pedazo de carne o glándula, o no sé qué, y me detenía brevemente a observar y cuando salían las bolasnudos, las lavaba bien con abundante agua para observar al intrusoespectro. Me miré al espejo y mi gesto era impresionante, aún no se dibujaba la sonrisa, pero tenía la cara a punto de echarse a reír, las comisuras de mi boca bien marcadas y los labios apretados, los ojos bien abiertos, me sentía muy despierta y animada, si no fuera por la camándulatripanudosoespectrobolacuerda que colgaba del

huevo de mi cuello, me hubiera parecido la expresión más feliz de mi vida. Me pasé la mano por la boca y dejé en mi cara la huella de la sangre. En ese momento, al verme así, manchada y emocionada, con la mano temblorosa y hurgante, tuve una leve sensación de querer parar, de que si seguía no iba a poder distinguir la fina línea entre la locura, entonces para terminar traté de deshacer un nudobola para ver su contenido, para al menos saciar mis ansias curiosas, pero el nudobola estaba muy apretado, era una bolanudo que no se desarmaba, que estaba adherido así mismo. Me tocó cortar con el bisturí para ver su interior, que no era aire como me imaginaba a los espectrointrusos. Eran más bien como una materia viscosa blanca y pegajosa. Tuve miedo de contagiarme del contenido de esa bolanudo. Si está anudado es por algo, pensé. Y también pensé que tal vez la fuerza que yo hacía, la fuerza de mi existencia, la fuerza con la que apretaba la garganta a diario, con la que apretaba los dientes de ira e impotencia, era la necesidad de apretar esos nudosbolas, tal vez esta tripacuerda era mi salvación, estaba evitando que las bolas nudos crecieran más... Me lavé la cara y decidí no abrir ningún otro nudobola. Miraba el lavamanos y ya estaba lleno de esas cuerdabolasespectronudotripa, y quizá de pedazos de carne, músculos, sesos, glándulas; la sensación se concentraba en mi cabeza, oídos, nariz, boca y ojos extasiados, todos ocupando su lugar... Jalé un poco más, seguía y como ya no había más espacio en el lavamanos, todo se empezó a regar en el piso, las blancas baldosas del baño se tiñeron rápidamente de tinta sangre, no me importaba, lo único que en ese momento pasaba por mi pensamiento era volver al éxtasis de respirar, de echarme una gran bocanada de aire que no se quedara obstruida en la mitad del camino y lograra inflar todo mi pecho y llegara hasta mi abdomen para así poderme echar a gritar, pensaba en un grito desconocido, uno que hiciera vibrar mi cuerpo, mis tímpanos, mis huesos vibrando y mi garganta carraspeando, las cuerdas vocales a reventar; todo mi cuerpo enfocado y abierto gritando y sacando todo ese aire que se había quedado alojado dentro de mí, obstruido por el espectronudo que se había tejido en la garganta, sacar todo ese vacío, toda esa sensación de extrañeza que me albergaba. Entonces tuve por un momento pánico de pensar que pude haber lastimado alguna de mis cuerdas vocales y de que ese grito nunca fuera a emitirse, que saliera solo el aire otra vez sin dolor, sin olor, sin sonido ni evidencia de lo que adentro hervía; empecé a hurgarme el cuello en busca de las cuerdas vocales, hacía vibrar mi voz para buscarlas y me di cuenta de que había bolasnudos amarrados a ellas, también alrededor de mis de venas; seguí haciendo vibrar mi voz como en un canto de la misma nota continuada, era una nota grave, no sé cual entonaría, pero sé que era grave, lo sé no sólo por su sonido sino por que recuerdo que en ese momento pensaba sintiendo la vibración de mis huesos: quiero que esta nota grave grave en mi cuerpo las pistas de las bolasnudos, que haga surcos y huecos, que cincele, labre, esculpa en mi cuello, en mis cuerdas vocales y en mis espectrosvenas con su grave vibración, surcos, ranuras, cauces, que haga excavaciones y conductos; una nota grave

que me permita saber qué tan grave es mi situación, que dibuje y haga marcas de lo que hay dentro de mí.

Funcionó. Sentía mis cuerdas vocales y mis venas espectros, palpando con mis dedos, se hacían surcos al lado de las bolas nudos que vibraban, entonces con el bisturí empecé a tratar de llegar a ellas con la punta y pinchar el nudobola para que saliera su contenido, solo era cuestión de hacerles un pequeño corte y sacar la materia, viscosa, blanca y pegajosa que estaba adentro, cuando estaban vacíos los nudos bolas sólo era mover un poco con la punta del bisturí y se arrancaban fácilmente, la sensación que sentía era como cuando uno se arranca un grano de la piel, me acordé también de que cuando era niña una compañera en el colegio tenía el vicio de rascarse la piel hasta sacarse sangre, se hacía granos, permanentemente se rascaba esos granos cada vez que se formaban, cada vez que se le secaba la sangre y se convertían en granos, ella se los arrancaba y luego se los comía, era tan fuerte su necesidad de hacerlo que lo hacía mientras la regañaban las profesoras, lo hacía incluso de forma más incisiva; todos los otros niños le teníamos fastidio y no entendíamos porqué lo hacía, las profesoras nos incitaban a alejarnos de ella porque de pronto nos pegaba alguna infección y recuerdo que decían esas cosas delante de ella, la castigaban aislándola de todos los compañeros, dejándola sin recreo, recuerdo que una vez me escapé del recreo para llevarle unas galletas y la profesora se dio cuenta y el castigo que me impuso fue quedarme parada al lado de ella durante toda la jornada, para mí no fue un castigo, finalmente podía preguntarle porqué lo hacía, ella me decía que no sabía, que sólo sabía que le gustaba, recuerdo que le hice toda clase de preguntas: ¿Por qué no dejas de hacerlo? ¿No te duele? ¿No te da miedo quedarte sin piel? ¿No quieres tener amigos? ¿Por qué no puedes parar de hacerlo? ¿Por qué no paras cuando te regañan? ¿A qué saben? ¿Sólo comes granos en el recreo? ¿En tu casa alguien más come granos? ¿Con quién aprendiste a comer granos? ¿Tienes partes del cuerpo en donde no te haces granos? ¿Tienes granos en todo el cuerpo? La niña no alcanzaba a pensar en una respuesta cuando yo ya lanzaba otra pregunta, recuerdo que ella me decía que no, con la cabeza y la voz, solo decía no, no, no, no, y al final me dijo lo mismo, que sólo sabía que le gustaba mucho hacerlo y no podía parar. Después que salí del castigo los otros niños no querían hablarme porque yo le había hablado a Pelo de Cuca, era el apodo que le habían puesto a la niña. Desde ese día cada vez que yo pasaba ella se sonreía conmigo como saludándome y a mí me empezó a parecer más normal ella que el resto de los niños de la clase que ni siquiera sabían que ella hacía lo que hacía, porque le gustaba, no como todos nosotros los otros niños que hacíamos sólo lo que nos tocaba. Recuerdo a su madre hablando con la profesora llorando diciendo que ella tampoco sabía porqué lo hacía, yo dije que lo hacía porque le gustaba y la profesora me regañó. Mandaban a Pelo de Cuca a la terapia psicológica del colegio y regresaba llorando, ella igual insistía en su gusto, estaba llena de cicatrices en las piernas y en los brazos,

teníamos alrededor de diez años. Creo que fui lo más cercano a una amiga que tuvo Pelo de Cuca en el colegio, le digo así ahora porque aunque me suena ridículo, no recuerdo como se llamaba, creo que nunca lo supe.

En ese momento en el que me arrancaba las bolasnudos, recuerdo cómo se desgarraba de mi garganta esa carachanudobloanudo que me aprisionaba, me daba tanto placer arrancarlo que ya poco me importaba como iba a quedar después de hacerlo o lo que iban a pensar de mí los otros, quién sabe qué apodo me hubieran puesto si me veían en frente del espejo. ¿La destripadora? ¿La desatadora? ¿La enredadora? ¿La camandulera?... Será que me hubieran puesto un apodo muy distinto a mis acciones, así como el apodo de Pelo de Cuca que no tiene relación con su gusto, ¿Será que les parecía que tenía la cabeza como una cuca? Yo me quedaba mirándola mucho tiempo y no entendía por qué era así, la verdad es que ella a veces parecía más normal que todos y cuando estaba conversando o haciendo otras cosas no se arrancaba granos. De repente me volví a mirar en el espejo. Mi gesto ya no era tan feliz, era de asombro, mi mano llena de sangre y sujetando una bolanudo ya sin su contenido, ya arrancada de mi garganta, arrancada de lo que tal vez era significado, me la llevé a la boca, casi me vomito y pensé que sería lo mas ridículo que podía hacer, sacarme las bolas para luego comérmelas y que siguieran creciendo dentro de mí quién sabe en dónde, que hicieran digestión, que los compuestos del intruso hicieran parte de los míos, que los jugos se mezclaran... Escupí y abandoné la idea... Las tiré al inodoro y empecé a soltar el agua, cada vez que se llenaba, una y otra vez solaba el agua del inodoro y se iban las bolasnudos, eran muchas y la tiracuerdatripaespectro seguía colgando de mi cuello, yo ya me preguntaba por qué no tenía vacía la cabeza, de dónde se estaban sosteniendo mis ojos, modulaba palabras para cerciorarme de que podía seguir hablando, y me ponía pruebas mentales para comprobar que no estaba boba, de repente dejé de tener la sensación sólo en la cabeza, jalé y empecé a sentir que jalaba del pecho, la sensación de que algo se desprendía como una la flema que corría por mi pecho, lo atravesaba hasta salir por mi cuello, sentí lo mismo en mis costillas, en mi espalda, en mi ombligo, en mi útero, empecé a jalar emocionada de que había llegado a las bolas inflamadas de la ingle, era toda una ramificación... Hacía plegarias, contaba las bolas, rezaba por mí, rezaba para hallar al espectrointruso...

De repente, abrí los ojos, me toqué el pecho y estaba otra vez emparamada, llena de sudor frío en la noche fría, abrí los ojos y todo estaba oscuro. La idea del bisturí en mi escritorio me ronda la cabeza, otra vez estaba asomada a la ventana, llena de melancolías silenciosas, de nostalgias y ganas de que cambie esta época, de que cese la angustia que fría y húmeda recorre todo mi cuerpo.

(dibujos sobre la cara, ¡los tengo en boceto!

Me quedé en un limbo contando los minutos, las líneas de la calle, los semáforos en rojo, sorteando lugares, echando abajo los muros que sostenían los planes del futuro y que ante las dificultades de mi cuerpo ya no eran grandes muros, sino grandes moles pesadas y deformadas, ruinas en las que permanezco parada en medio del polvo que cae sobre mi cara y me cubre con capas y capas. Ya no veo mis pies, están enterrados en una montaña de polvo de ruina y de cenizas de un incendio que destruye el horizonte, no veo la piel de mis manos, sólo polvo en ellas y en mis ojos, cuando parpadeo el polvo alojado en mis pestañas intenta entrar a mis ojos y no solo no puedo ver ya mi piel, reconocer mi cuerpo por la densa capa de las ruinas, sino que tampoco puedo abrir bien los ojos, miro todo entre una ranurita de los ojos enchinados, entreabiertos. Mi imagen envejecida, enterrada y casi momificada por este polvo que no puedo sacudirme, pues es tan fino y volátil que a cualquiera de mis movimientos se levanta y se mete por mis fosas nasales, por mi boca, intenta asfixiarme, ahogarme, el polvo de las ruinas del futuro también intenta matarme, debo permanecer quieta, casi inmóvil, parada, aguardando a que terminen de demoler los grandes muros y cese de caer el polvo, la ceniza que en cada capa parece envejecerme, momificarme. Me tocó de forma austera renunciar, apretar los dientes, tragar saliva y ver en el tramo que se avecina lo que nunca imaginé. Y sigue cayendo polvo, intento ver una imagen en una pequeña imagen, la imagen de un horizonte en que no todo sea ruinas, escarbo entre el polvo un poco ahogada, me agunto el estornudo, la tos, ha llegado la medida a este cuerpo que sigiloso, busca, mira, espera...

Pero mi cuerpo estremece y le es difícil mantenerse cuando escucha la muy repetida frase: “nunca me imaginé que esto pasaría”, una de las frases más frecuentes en pasillos de hospitales, salas de espera, en terremotos, tsunamis, erupciones y avalanchas, incendios, desapariciones violentas, las víctimas... Me imagino que también en las cárceles y correccionales, y en toda tragedia que se avecina y se abalanza sobre la vida y como un chapuzón llega. Es el agua escurriendo por cuerpo, el frío, la conmoción del chapuzón, lo que queda.

Un tiempo no planeado en el que cualquier otro asunto perdió su relevancia, en el que los pesos que sostenían el estar se hacen leves, en medio de un chapuzón que arrasó la casa, que me dejó en medio del viento frío, observando la inclemente noche, ya nada pesa más que el tiempo, la luz y la sombra, el día y la noche y el polvo que se posa en mis mejillas, mi frente, mis labios, mis ojos entre cerrados, entreabiertos... La ruina: Sostenerse.

Cesa el ritmo de los carros, se apagan las luces, hay una un breve instante en el que sólo el sonido del viento, de los animales, de la atmósfera, se posa sobre la ciudad, un breve momento en la noche en el que es posible escuchar el universo. Pasa

rápidamente y los carros empiezan a llegar como se fueron, empiezan a encender los motores y el aire se llena del ruido de los días.

Los planes se hacen masas enmarañadas e incomprensibles, no solo renuncié a ellos, los repudié, los cuestioné: demasiado vacíos, demasiado afanados; demasiado regulados, tan cuestionables pero tan difíciles de abandonar. Corredores llenos de inadaptados, desviados, vacíos; llenos de desesperados que no esperábamos esta versión de vida; hacemos filas horas y horas ya sin saber qué más esperar, ya condenados en el presente, ya renunciando a otro tiempo y a otro sol, el que hace afuera mientras la gente en coloridas prendas trota en la mañana y pasa por el frente de las luces de esos lugares fríos y lúgubres a los que somos confinados los que nos arrancamos del irónico espejismo del mundo real y estamos confinados a una realidad que está por debajo, por encima y por los lados, por todos los lados, pero que todos queremos o al menos parecemos ocultar. Llegan trancones, humo, pitos, alarmas, gritos, la luz del sol es reemplazada por la luz blanca que se refleja casi gris en las grandes paredes de cubos donde se vive el limbo. Ahora veo el camino lleno de derivas insospechadas. No me consuelan los miles de testimonios de víctimas revictimizadas con la indiferencia; a diario ante la ante la dificultad, soy impulsada a darme cuenta de que hay otras personas en condiciones peores a las mías, los cristianos me invitan a ver el sufrimiento de los que merecerán descanso eterno y me llaman a sufrir en vida para también esperarlo: no logran convencerme. Así como no me consuela ver a los miles de desplazados que esperan en las calles, tirados al sol y la intemperie llevando letreros en los que con una sola frase revelan esa realidad escondida y relegada; no me consuelan los mutilados, las madres de los desaparecidos que siguen esperando y gritando y reclamando, los niños enfermos, la gente con hambre, la miseria del mundo... ¿Cómo lograrían consolarme las imágenes de la miseria? Me dejan devastada. No me consuela que me digan que no soy la única enferma que sufre la corrupción de un sistema corrupto y arrasado o de todos los que sufren por el abandono del Estado, que cada vez somos más los que padecemos de las inmundicias en este mundo y que cada vez son peores, no me consuela. Alienta mi grito desesperado, confirma la enfermedad del Estado que denuncio y no solo del Estado, lo que está mal es el estado de todas las cosas. Son unas inmundicias, somos inmundicias. No es que sea pesimista, no, pero es difícil renunciar a la imagen de las cosas y sobrevivir en medio de la imagen desastrosa y bizarra que queda después de ver la realidad desde otra perspectiva., sólo siento ya el eco de las palabras, murmullos y una fugaz ráfaga de aires que pasa a mi lado y es fugaz y no sé a donde se dirige, en medio de la caída no hay futuro diferente a esperar el golpe, no se sabe la dirección del viento. Cuando escucho los murmullos en este ritmo lento en el que todo parece levitar y en el que la retina se llena de imágenes finas a las que vuelven recurrentes, de que eso pasa porque uno mismo se lo ha buscado. Así como al que

matan era porque de seguro algo hizo para merecerlo, al que secuestran es porque andaba en algo raro, al que roban es que estaba mal parqueado, a la que violan es porque se lo buscó insinuándose en minifaldas, a los pobres por mediocres que no saben salir de su miseria, a los gays por desviados, a los blancos por desteñidos, a los negros por exagerados, a las rubias por peliteñidas... y así una cadena de condenas se suman a los pesos de los que caminamos en el limbo, como funámbulos en una cuerda vibrando, cargando los pesos y sosteniendo a cada paso la incertidumbre de la posible caída, todo el cuerpo tenso, concentrado en levantar el pie y sostenerse en uno solo mientras todo el cuerpo danza en temblores y espasmos, mientras la cuerda parece ser sostenida por los de las caras cauchudas que no tienen ningún cuidado en darle estabilidad a esa cuerda, al contrario, la agitan, sus risas al ver los cuerpos balanceándose en el limbo, hacen que la cuerda vibre y que el funámbulo tropiece, que se agarre de la cuerdas de pies y manos y se aferre anudándola en un abrazo que involucra todo su cuerpo, ya el funámbulo no camina, no titubea en pasos, se desliza y se arrastra por la cuerda friccionando todo el cuerpo y el angustioso cuerpo doloroso que no sabe cuantos minutos logrará permanecer agarrado de la cuerda, cuántos segundos mas para la caída. Entonces no sólo es el dolor de sostenerse en la cuerda, en las largas filas esperando a llegar a una ventanilla de realidad rechazada, también hay que sostener el juicio, los murmullos que de esa ventanilla salen, mientras me sostengo aferrada a la cuerda, y a veces de vez en cuando dejan caer encima del funámbulo el polvo de la ruina, sumar dificultades a su ruta parece acrecentar el espectáculo. Enfrentar el juicio, defenderse es una más de las piruetas preparadas para su ruta. Si me duele es a mí y me lo busqué, lo decidí. No es que piense que deban ayudar levantando el pie del funámbulo, pues en esa situación el cuerpo todo necesita mantener concentración absoluta para lograr el equilibrio, lo que pienso es que no deberían agitar la cuerda para apresurar la caída, no deberían disfrutar de la angustia de quien se balancea en este limbo.

Pobre generación nuestra acogida en este mundo con un amor tan pequeño, tan pobre, tan aporreado... Desamor indiferente. Nacemos, nacemos y nacemos; gritamos, sufrimos y lloramos; gozamos, bailamos y brincamos.... ¡Morimos!

Jueces y juzgados enfermos, por la convulsión de ser ambos roles en un mismo cuerpo. La convulsión frenética del juicio. Enjuicio al juicio.

Parar, frenar, calmar, detenerse. Ese era mi presentimiento, pero... No paré, me pararon, no me calmé, ni me he calmado, me dejaron sentada, me tocó volverme “paciente”, me quedé atascada en este tráfico, tirada de repente en esta fila eterna. Todo lo aprendido se hace boronas, pero permanezco enfilada sin saber ya el objetivo, en el horizonte solo veo ruinas. Me doy cuenta de que he vivido distraída de mí misma toda la vida. La enfermedad, la quietud, estar postrada, angustiada, azotada, me obliga en este tiempo leve a estar conmigo, a preguntarme a mí misma por la extrañeza que me agobia. Para los extranjeros de mi cuerpo es muy fácil decir que yo seguramente sé por qué enfermé, les es fácil decir que haga un recuento de mi vida, que analice, que yo misma sé de qué enfermé... Pero para mí que llevo parada noches enteras ante estas ventanas que dan hacia mi interior, en estas filas donde repensar la vida es la única opción, veo las luces que se apagan y se encienden, el ritmo de los carros, de las personas; mientras el sudor en mi pecho se seca, mientras me masajeo el cuello queriendo hurgar en él, no sé que es, creo que es un intruso que se metió en mi cuerpo. Yo como ustedes también añoraba la felicidad. También quería viajar, también tenía planes y “yo nunca me imaginé que esto me pasaría a mí”, me repito en las largas filas, no sé qué se metió por dentro y se arraigó tanto e hizo construcciones tan grandes y ocultas para mí misma, tampoco descifro las frases que no puedo gritar, es solo el impulso en mi cuerpo, esta sensación de extrañeza de toda yo vibrando y sosteniéndome al tiempo.

...

Ya ningún día me siento bien, en medio de este tiempo leve ya cada instante se hace largo, se estira el tiempo, se dilata. Ese el motivo de mi viaje, mover el tiempo, seguir buscando. Si no puedo hacerlo adentro porque estoy plagada, invadida y exiliada de mí, entonces busco afuera y corro, podría pararme a esperar y evitarme el dolor del cuerpo, pero no puedo pararme con la intriga de lo que se alojó adentro. El afán con el que corro aumenta porque sé que en el actual Estado (o por lo menos así lo intuyo, así lo he sentido) no voy a recibir treguas ni consideraciones, al contrario, me están moviendo la cuerda.

...

Voy a Medellín de nuevo, recordando que en mi época de estudiante universitaria me ayudaron a cruzar la cuerda vibrando. Mi seguro médico de esa época de estudiante

era el peor de todos, el seguro que otorga el glorioso Ejército Nacional... eso y nada... o mejor, eso es peor que nada. Vi como mujeres con caras que parecían tener arrugas plásticas le decían a los soldados que habían perdido sus piernas en combates por defender a su glorioso ejército, (porque no me atrevo a decir que defienden al país o su gente) que debían hacer su diligencia en otro lugar y de otra forma y ante la solicitud que uno de ellos hacía sobre cómo llegar a esos otros lugares a donde lo mandaban, la vieja cauchuda le respondía que no sabía, que solo con la dirección llegara y que ya le había explicado todos los trámites y que la dejara seguir atendiendo. De la cara del ex soldado, del amputado, del muchacho de provincia, brincaba la confusión. No me aguanté yo no estaba amputada pero estaba emputada en medio de la fila escuchando y le grité a la cauchuda, le dije que a la que le faltaba observación era a ella y no a él. ¿Qué me esperaba a mí después del grito, la hija de un suboficial que sólo significaba un gasto más, emputada y aún parada en mis dos piernas.

...

Me voy esta vez a Medellín cargada de información arrojada por el oráculo que consulto a diario, a cada minuto, a cada segundo. Antes del viaje pasaba de link en link, en google, el oráculo en el que por horas y horas escarbé cada detalle, cada síntoma. El único que respondía a la intuición de mi cuerpo vibrando. Me la pasaba horas en frente de la ventana, del cuarto, de la sala, del computador. Ventanas emergentes a las que me asomo a contemplar cómo el ritmo de todo y la agitación continúan. Por más que los que dicen tener la ley del cuerpo, se negaran a contestar mis dudas y trataran mi angustia a punta de ibuprofeno y acetaminofén, yo intuía en mis largas esperas que algo cambiaba dentro de mí, que algo crecía, yo sabía en mis horas de angustia y de desvelo que tenían que estar equivocados, algo andaba mal, lo percibía en mi olor, en el ritmo de mi respiración, en un miedo intenso que atesoro y me hace temblar las rodillas y apretar los dientes y sentir miedo de asomarme adentro, de ver realmente qué hay en las vísceras, qué es lo que recorre mi cuerpo que no es sólo sangre, qué es lo que me contamina.

...

Me voy ahogada en ansiedad, desilusionada después que pensé había llegado el día de conocer a mi intruso, de saber de qué estaba compuesto, que acabaría mi espera, el día que más había esperado desde hacía mucho tiempo. Me levanté muy temprano, había planeado la ruta desde el día anterior: tenía que tomar dos buses y caminar; sabía que podía tardarme dos horas en llegar. Fue el único día en el que recuerdo el trayecto del bus, las calles sin tráfico, llegué muy rápido y el tiempo pasaba muy despacio. Tenía en mis manos los resultados de unos exámenes que había consultado palabra por palabra en el oráculo y que no me dejaban llegar desprevenida a la cita en la que supuestamente me leerían los resultados. Pasé al consultorio; la voz de una mujer que nunca me miró de frente me ordenó: siéntese. Preguntó: ¿trae los resultados? Se los entregué, los miró y empezó a escribir en el computador. No me miraba pero me preguntaba muchas cosas rápidamente, yo no terminaba de contar un síntoma cuando ya me cuestionaba por otro. Tenía pendiente una lista larga de síntomas que no debía olvidar decirle, pero estaba nerviosa, la rapidez de todo no me dejaba organizar las ideas, tenía los resultados y no me decía nada. Le dije que había consultado al oráculo y que presentía que con mi cuerpo algo andaba muy mal. Se molestó mucho, en tono aireado me hizo saber que eso (consultar al oráculo) iba a empeorar mi patología que era ansiosa. Yo volví a cuestionarla por los resultados, por los asteriscos marcados al lado del resultado (***) , pero sólo me dijo, que debía calmarme y esperar a que me hicieran otros exámenes, que debía complementar el estudio en el que habían salido unos anticuerpos activos pero que no podía saber a qué se debía, que podía tener una infección leve. Le dije que llevaba más de un año con el cuello lleno de bolas, que cada vez sentía que eran más y que esas eran las alarmas constantes. Sin dirigirme su mirada nuevamente me respondió que es muy normal estar así, que a nosotras las mujeres se nos inflaman los ganglios hasta por tinturarnos el cabello, pero que esa condición no debía angustiarme. No pude ni siquiera explicarle que no me tinturo el cabello y que no hallo ninguna razón para la inflamación constante en mi cuello y que cada vez siento que me aprisiona el aire, que me faltan las palabras; no pude modular explicación alguna cuando ya me estaba entregando nuevamente una larga lista de exámenes que debía empezar a tramitar para volver a pedir una cita cuando los tuviera. Mi frustración crecía, la médica no me explicó ni media palabra de los resultados, no me sacó de la angustia, Otra vez quedo llena de palabras incomprensibles, preguntas, cifras y filas pendientes.

Medellín

Pensé que no iba a lograrlo, vine sola. Viajé con la intención de buscar una nueva vida o alguna forma de al menos de mantenerla, alguna respuesta, alguna cara sin caucho que me atendiera, afanada y decepcionada, cargando angustias que no me dejan esperar más. Qué pensar cuando los resultados de los análisis que me mostrarían lo que yo aun con horas de introspección no he logrado detectar, los resultados salen marcados con asteriscos y piden valorarlos relacionándolos con la historia médica del “paciente”; ¿qué pensar cuando esos asteriscos parecen señalar por qué mis poros sudan, mi cuerpo brama y no entiendo las razones y no entiendo el lenguaje confuso de letras y signos que aparece en un papel?; ¿qué pensar cuando la cara odiosa que tiene la información ni siquiera me mira de frente y sólo suma signos, números, letras a mi desconocido diagnóstico?... Corro, no sé si puedo cambiar algo, pero sé que necesito ratificar lo que ya sé...: que estoy enferma. O acaso es que los que creen tener la ley de los cuerpos, de todos los cuerpos, creen que uno propio no es el primero que se entera de que algo va mal, de que algo no marcha bien, de que duele, se agita, se agota, se cansa, se pone morado, llora, suda, se cae, se seca, se adelgaza, se irrita... El pensamiento no sabe aún lo que el cuerpo hace rato procesa, mi cuerpo brama y grita y por más que yo respondo a su llamado no logro más que alborotar la alerta...

Me estoy quedando donde una amiga en el barrio La América, completando la escena en la que me pensaba: una América golpeada y triste. Es un pequeño apartamento en el último piso de un edificio modesto ubicado justo en la esquina de la Avenida San Juan con Nutibara. La bulla de la ciudad es incesante, el sol radiante en la ventana y el acento alegre de mi amiga cambian mi perspectiva, parece que sólo se trata de mirar a otro lugar, de voltear la mirada. Vine pensando quedarme un tiempo y empiezo a planear con mi amiga la nueva vida. Una imagen del futuro en medio de la bruma, una leve ilusión de que todo cambie. Pensé que el miedo me había hecho perder la capacidad de proyección, la capacidad de prever o planear lo que sigue, porque así no se cumplan esos planes por lo menos la imaginación está en otro lugar, en otros aires, imaginando otros espacios y no en esta maraña de pelos y bolas y nudos en los que se me ha convertido el pensamiento. Venir a vivir en Medellín otra vez, extenderme al sol y caminar sin tanto afán pueden ser parte de la calma que busco. Mi amiga me recibió entre tragos; hacía mucho no tomaba, no sé si deba pero no quiero dejar de vivir para no morirme y hasta ahora no tengo diagnóstico. Embriagarme hizo que los miedos afloraran en la que intentábamos cambiar el mundo a punta de palabras, verlo desde otro lugar, con otra perspectiva. De pronto, me atragantó el miedo, empecé a contarle que no solo venía de paseo, que necesitaba hacer algunas consultas, que estaba que estallaba y en ese momento estallé en llanto, quizás buscaba un consuelo, buscaba acallar, no pude gobernar mi pensamiento desde la imaginación y mi miedo brincó

entre trago y trago. Venían los afectos a mi memoria, venía la agudeza de este tiempo extraño en que no paro de elucubrar la forma de salir de este laberinto en que parezco dar vueltas sin sentido. Entonces los tragos ya no eran de alegría y reencuentro, eran tragos para ahogar las penas. Al día siguiente en medio de una leve resaca, mi amiga me dijo que saldría el fin de semana y yo me quedaba sola en el apartamento de la esquina. Debía trabajar mucho así que me alegré de tener ese espacio para concentrarme; estoy de viaje pero debo seguir trabajando y mandar el trabajo a Bogotá. Lo que no me dijo mi amiga es que el internet es portátil y que se lo llevaría y que mis planes de concentrarme a trabajar todo el fin de semana se verían afectados, tenía un par de reuniones que atender por skype, pensé en hacerlo desde un café internet pero el ruido de la calle es muy intenso. Llamé a otra amiga, quedamos de vernos para tomar algo y le expliqué la situación para que me dejara trabajar un poco desde su casa; ella no iba a estar, pero me dijo que podía ir a trabajar si quería, su hermano estaba allí y me abriría la puerta...

Pensaba ir temprano a su casa pero en un suspiro se me fue la mañana. Decidí ir a almorzar a una plaza cerca del apartamento de la esquina, que llevaba el mismo nombre del barrio: Plaza de la América... Nunca había entrado, llegué caminando y decidí dar una vuelta para conocerla, puestos de flores y frutas me daban la bienvenida. Siempre me ha gustado visitar las plazas de mercado, el olor de la comida fresca y la agitación de estos lugares no sólo me gustan, me recuerdan cuando en mi infancia visitaba los puestos de mercado que tenían mis tíos en la plaza de mercado del Líbano, Tolima, pueblo en el que nació mi madre; recordaba cómo de niña me sentaba en cajones llenos de tomates rojos a escoger el mejor para morderlo; mientras mi tía y mi mamá conversaban y se reían, yo organizaba los tomates en filas, los más grandes, los más redondos, los maduros, los verdes, los que tenían alguna forma diferente. Me acuerdo de ayudarle a mi tío a limpiar las papas criollas y ponerlas en bolsitas; me acuerdo de la tía Seneiba, tía de mi mamá y mi tía en segundo grado: siempre que la visitaba en la plaza me regalaba dulces; recuerdo la imagen de la abuela que todos decían que era igual a la de la tía Seneiba. Nunca conocí a la abuela pero supe que tenía puestos de mercado en la plaza, los que mis tíos heredaron y recuerdo a la abuela a través de la imagen de la tía Seneiba. Recuerdo ese mercado, los olores, los colores, los tomates, las papas, cada vez que visito un mercado.

Pasé por un puesto de flores en una esquina de la plaza que llamó mi atención: estaba lleno de flores naranjas. Pensé en comprar algunas pero decidí dejarlo para después del almuerzo. Estaba más o menos a la mitad de mis fríjoles cuando empecé a sentirme extraña, sudaba frío y me temblaban las manos. Hace pocos meses que apareció un nuevo y angustiante síntoma: me desplomo, me desconecto, me desmayo en cualquier lugar sin previo aviso. No sabía si el malestar que sentía podía

desencadenar el colapso, ya no sé cómo reaccionará mi cuerpo. El pánico se apoderó de mí, no quería perder el conocimiento estando sola en un lugar desconocido. Por más que la plaza se me hiciera familiar, sabía que era mi primera vez ahí. Rápidamente pagué la cuenta, no esperé el cambio, me fui casi corriendo, debía alcanzar a llegar al apartamento de la esquina así fuera para desplomarme sola, y es que en ocasiones confío más en la soledad que en la compañía, la humanidad me tiene decepcionada, desconfío hasta de mi sombra... No se por qué en medio de mi afán volví a pasar por el puesto de flores cuando este puesto me desviaba de la ruta más corta hacia la casa; el afán no me dejaba ni siquiera recordar la intención de comprar las flores. Tomé la vía larga para salir de la plaza en medio de mi afán y pasé de nuevo por ese puesto pero no me detuve, pasé derecho.

Un señor que estaba ahí empezó a gritar a mi paso: Nora, Nuria... Nidea, Norma... Nanci, Natalia... en ese momento me reí, sentí que casi había acertado y volví la cabeza y le corregí: Natalia no, Nathaly. No sé por qué me detuve pero me pareció un momento jocoso, siempre sigo de largo a las vociferaciones de los hombres que comúnmente nos gritan a las mujeres cosas en la calle, siempre trato de eludir esas situaciones que en las calles de este país son tan recurrentes, el acoso y el asedio es algo que las mujeres debemos aprender rehuir desde niñas. Sin embargo, el tono con el que este señor me llamaba tenía algo distinto, algo jocoso, algo que me permitió volver mi mirada hacia él y reírme con él, el hombre rápidamente brincó a mi lado y me dijo: Yo sólo sabía que su nombre empezaba por N, la he esperado toda la mañana ¿Por qué se tardó tanto en venir? Me reí y le confesé que últimamente se me hacía tarde para todo, que tenía planeado ir antes pero que ya veía cómo se me había ido el día... Él era de contextura delgada, de pelo cano, de piel blanca y plegada por los años, su apariencia no me producía desconfianza. En el lugar brillaba una luz que rebotaba en nuestras caras anaranjadas por las flores del puesto y esa leve fragancia que expelían me agradaba. No sé por qué ese día quería comprar flores, sólo el olor me transporta a otras atmósferas y el de las flores me confunde: recuerdo los muertos, el olor de los cementerios, las veo bellas pero siempre que están cortadas en un jarrón me es imposible no pensar en un sepulcro.

El anciano me dijo que me esperaba porque me tenía un mensaje. En ese momento salí del realismo mágico de toda la conversación en la que estaba, como empujada por un tropezón, de la luz naranjada que se proyectaba sobre nosotros, del aroma. Con presteza volví a los patrones aprendidos, traté de evadirlo, de seguir caminando rápido. Pero no sé cómo me detuvo; él me decía que yo era muy bonita con una ternura que me parecía la de un desquiciado, empecé a temer que me acosara... Me preguntaba: ¿Qué estoy haciendo ahí? Casi corro, quería zafarme desesperadamente, como he aprendido ha hacerlo de los acosadores, de los testigos de Jehová que tocan a

la puerta a descaradas horas de la mañana, de los krishnas que quieren purificarme, de los evangélicos que intentan adoctrinarme o de los católicos que quieren culparme, de los vendedores y hasta me les he escapado a los médicos que tratan de tranquilizarme. He aprendido el sigilo o el impulso con el que se emprende cada huida. Era cuestión de sortear y acelerar el paso e ignorar lo que me decía, pero el anciano rápidamente se puso en frente mío, me cortaba el paso pero no lo hacía de forma grosera; al contrario, su suavidad me confundía. No puedo olvidar el naranjado que inundaba todo, era como la luz de la atmósfera que estaba anaranjada y con su camiseta del mismo color esa atmósfera se agudizaba y ahora en frente mío hacía que todo resplandeciera. Me dijo que no tuviera miedo y yo ya estaba asaltada en pánico; no sabía por qué no me iba, él no me detenía, sólo se ponía a mi lado y yo desistí de la idea de salir corriendo. Me dijo que él ya sabía que yo era muy incrédula, que iba a poner mucha resistencia, pero que también sabía que era muy amorosa. Empecé a preguntarme si me detuve a conversar con un loco. Me dijo que no venía de ninguna iglesia ni intentaba adoctrinarme pero que el “señor” me tenía un mensaje y él era el intermediario. Le pregunté que cuál señor, que no veía a nadie más. Él se reía, yo seguía incómoda; él era de mi misma altura, podía ver a sus ojos de frente. Cuando me dijo lo del mensaje del “señor” confirmé su locura y atendiendo a mi cordura lo esquivé con mi cuerpo para tratar de pasar por su lado y seguir mi ruta. Él estiró su brazo puso su mano sobre mi cuello, mirándome a los ojos me preguntó: ¿Qué es lo que tienes, por qué tanta angustia? La garganta se me secó, era como un gran nudo que ni me dejaba responder. Traté pero no lograba salir de la confusión, no sabía si era una casualidad que pusiera su mano justo sobre las bolas que me causaban la angustia por la que preguntaba. Tartamudeaba tratando de responder, pero lo que quería en ese momento era que así como él sabía de mi angustia supiera responder lo que yo no podía. Al ver que yo no respondía ajustó su pregunta: ¿Qué es lo que tienes en el cuello? Aunque se me había olvidado por completo el malestar que me empujaba afanada a salir de la plaza, en ese momento pensé que iba a desmayarme. Miré a todas partes, le pregunté de donde me conocía. Él hizo una rápida maniobra para alcanzar un CD que estaba en el puesto de flores, con él en la mano me pidió que lo mirara y le dijera quién era el hombre que aparecía en la foto de la caratula; yo miré el CD titulado: “Canciones a Jesús”, y tenía una fotografía de un muchacho cantando. Era de cabello largo, mono, de pantalones ajustados al cuerpo bota campana que revelaban otra época, estaba vestido de pies a cabeza de azul claro y tenía la pose de un cantante de pop. Detallé los rasgos de la persona en esa fotografía y levanté la mirada para compararlos con los del anciano que me hablaba, eran la misma persona. Me dijo que él no venía de ninguna iglesia, que no me angustiara, que él era un enviado del “Señor”, -¿Cuál señor?, me preguntaba-. Que desde joven había consagrado su vida a cantarle a Jesús y que yo debía saber que el “señor” tiene a sus mensajeros y a mí me había escogido para hacerme un milagro, que él era el mensajero. Yo no sabía si

echarme a reír o a llorar, de repente estaba en medio de una escena naranjada y estridente en medio de las preguntas más grandes que yo creía ya resueltas en mí. No podía saber si algún “señor” lo había enviado a decirme algo o no, pero la extraña sensación de que él sabía más de lo que le decía y sabía más de lo que yo sabía me hacía permanecer ahí, como la más fiel de las creyentes cuando en realidad me he profesado la más atea. Volvió a poner la mano en mi cuello, volvió a preguntarme qué tenía. En ese momento mi cuerpo todo cedió; no me había dado cuenta de la necesidad de ceder que tenía y nuevamente me lancé al llanto: es lo primero que brinca de esta angustia por esta época. Parecía que hubieran abierto un grifo dentro de mí, las lágrimas salían a chorros y yo me congestioné y me dejé llevar por la emoción del momento. Mi cabeza parecía mandarme razones que la emoción mitigaba. El anciano secó mis mejillas, me repetía que yo era muy amorosa y sólo por eso me habían escogido, que no temiera, que debía creerle. Yo le contesté que no sabía qué tenía, que mi garganta había empezado a llenarse de bolas, que mi cuerpo colapsaba cada tanto, que yo me sentía morir y que estaba en Medellín precisamente buscando ayuda. Me preguntó dónde vivía, respondí que en Bogotá a lo que él sin dudarlo, sin titubeos respondió que eso no podía ser así, que yo debía estar en Medellín, que ahora debía vivir acá. Le dije que justamente viajaba para contemplar la posibilidad de volver. Él repetía que yo debía estar acá. Repetía frases de una naturaleza incomprensible para mí, me decía: fuiste escogida porque eres un ser lleno de amor y tienes que saber que para lo que viene sólo con amor se puede. Debes confiar, debes tener fe porque solo así el milagro llegará. Le pregunté de qué se trataba el milagro y me dijo que yo iba a ser iluminada, que se me querían conceder mis peticiones pero que debía confiar, si no lo hacía no iba a poder recibir el milagro. En ese momento tenía la intención de seguirlo escuchando con la sensación que me producen las cadenas de correos electrónicos que advierten que eres el bendecido, el elegido, pero que si no crees y no envías esta cadena de milagros dentro de los próximos siete minutos a siete personas tu milagro no se cumplirá y serás maldecido por el resto de la eternidad, que vendrán días de desgracias. Cadenas de pide un deseo y para hacerlo realidad compártelo con 30 amigos para que ellos a su vez pidan sus deseos y para que cada vez juntemos más y más direcciones de correos de presas fáciles a la seducción de las palabras místicas. Oídos atentos a maldiciones y milagros en los que yo hasta ahora no creía. Me basta con ver en el asunto de un mensaje de correo electrónico alguna palabra que sugiera una de estas cadenas para eliminarlo .

El anciano preguntó por mi vida y me dijo: Lástima que yo esté tan viejo, eres una de las mujeres más lindas que he conocido. Yo volví a dudar de él, parecía loco por momentos y creo que yo también. Ya no tenía afán.

El anciano repitió varias veces sus mensajes que no era distintos, que sobre mí se iba a posar un milagro y que yo debía pedirlo y aceptarlo amorosamente, que tenía que pedir que sucediera; me dijo que a través del poder de la oración debía pedir mi deseo y me enseñó una que palabra a palabra me pidió que repitiera. Yo incrédula escuchaba mi voz salir repitiendo frases que nunca hubiera pronunciado sola. Cuando por algún compromiso debo asistir a un acto religioso guardo respeto, pero nunca repito los rezos que me fueron enseñados de niña. No me bendigo, no oro, no adoro imágenes. Pero mi voz salía fluidamente como si ansiara tener esa oración en mis labios. El anciano me indicaba que le pidiera claramente al “Señor” lo que necesitaba que él estaba dispuesto a mí, a acoger mis súplicas que era yo era la elegida...

Tomó mi mano derecha y la puso sobre su mano, me hizo repetir las palabras que conformaban una oración que debía aprenderme, pero no pude hacerlo y de la que hoy sólo recuerdo unas pocas palabras que cito:

El anciano: Señor, te abro mi corazón y te pido

Yo: (tímida y temblorosa) Señor.... Te abro mi corazón... y te pido (yo realmente suplicaba en ese momento como la más ferviente devota)

El anciano toma mi brazo derecho y lo estira hacia él, abre mi mano y la extiende sobre la suya con la palma hacia al cielo en gesto de recibir, continuamente lanzaba miradas al cielo y continuaba la oración y hacía paréntesis para explicarme que debía pedirle claramente al “Señor” lo que necesito. Continuaba haciéndome repetir:

El anciano: Envíame el médico que yo necesito...

Yo: Envíame el médico que yo necesito...

(Sé que él podía sospechar que yo buscaba médicos, pero que ese día lo buscara conmigo me dio sensación de alivio).

El anciano: Recibo tu milagro

Yo: Recibo tu milagro

El anciano: con el corazón abierto

Yo: con el corazón abierto

El anciano: con todo el amor

Yo: con todo el amor

El anciano: segura de que escucharás mis súplicas

Yo: segura de que escucharás mis suplicas

El anciano: Amén

Yo: (titubeé...) Aaaamen, creo que lo dije así, sin tilde, me salía sincero.

Recuerdo que me sentí extraña, no sabía qué decir una vez terminada la oración, ni dónde ponerme, me iba a ir inmediatamente y él me detenía con sus confusas frases: ¡Ay!... Usted es muy bonita; ¡Ay! usted tan bonita... Y lo repetía alternándolo con un: No se asuste, yo no le estoy vendiendo nada, no le voy a hacer nada... No puedo imaginar mi cara, mi apariencia en ese momento en el que todo lo que soy, todas mis sensaciones estaban expuestas como en una mesa de disección, con una gran luz sobre mí, una gran luz naranja. Un breve momento en el que no reconozco qué me atravesaba, no sabía si era más fuerte mi desconfianza o mi curiosidad o si todo en lo que he creído siempre se caía ante mí y todos los que se habían hecho mitos se revelaban. Creía que me habían hecho un truco de mago y que necesitaba descifrar cómo me lo habían hecho; quería saber quién o qué hablaba detrás del anciano, quién estaba detrás del telón, quién le pasaba la información, cómo sabía lo que me pasaba. Empecé a pensar si algo me delataba. Me detuve un momento en silencio a ver todo, el anciano seguía hablando y yo mientras tanto me perdí de sus palabras y empecé a analizar todo en ese lugar, tal como me ha enseñado mi papá. Recordaba sus advertencias, casi siempre que vienen a embaucarte o a robarte están en grupo, tienen informantes. Empecé por fijarme quién más lo acompañaba; sólo había dos mujeres más en el puesto de flores a una distancia que creo ni podían escuchar de qué hablábamos. No veía a nadie sospechosamente parado cerca, mi amiga estaba de viaje y en esa plaza nadie me conocía, pensé que en las plazas de pronto vive o revive el espíritu de mi abuela o de mis tías. ¿Sería mi familia que intentaba entablar comunicación conmigo? ¿Eran ellos quienes le pasaban la información al anciano? Cuando lo pensé ya estaba lanzando un juicio sobre mí misma de solo pensarlo ¿De dónde venía la voz del anciano?; ¿qué clase de espectro hacía las veces de ventrílocuo? ¿A través de qué o de quién hablaba?

De repente me sentí llena de presencias invisibles, no sólo era el espectro en mi sangre, todo el ambiente me parecía lleno de ellas; lleno de misticismos en los que nunca me había detenido, de repente el pensamiento de la muerte se transformó y se convirtió en un enigma en ese momento, ¿Qué más pasa afuera del cuerpo? ¿Qué hay más allá de la vida, de la muerte? ¿Cómo es que este anciano tiene el poder de saber qué pasa conmigo? ¿Serán posibles todas estas cadenas de coincidencias y que sean sólo eso, coincidencias? De repente el anciano llamó mi atención, tomó tres flores que agudizaban la sensación atmosférica que yo tenía y me las pasó una por una. Ya no recuerdo el orden ni el color que le dio a sus palabras pero me dijo una a una: El padre, el hijo y el espíritu santo; me repitió que debía orarle al “Señor” y me pidió que cuidara las flores, que les pusiera tres centímetros de agua y orara frente a ellas. Eran tres gérbas en pleno esplendor... Terminó nuestro encuentro y no sabía si abrazarlo,

seguir de largo o preguntarle nuevamente por qué yo; preguntarle cómo se había dado cuenta, cómo sabía que sí era yo, cómo no equivocarse, de pronto era Nuria o Nora y no Nathaly... Estaba confundida y sólo me fui, no sabía cómo coordinaba los pasos, el cuerpo todo me temblaba, sentía mucha emoción, alegría y confusión juntas, no sabía si creerle y a la vez me daba miedo no hacerlo, no sé cómo de un momento a otro me encontraba con las gérberas en la mano rumbo al apartamento de la esquina. A la salida de plaza me detuve e insistí en mi intriga y me devolví por otro sector al lugar en donde había almorzado, me paré a una distancia prudente a mirar quién pudo haberme observado y haberle pasado la información al anciano, a recordar si había conversado con alguien, pero nada me daba respuestas. Empecé nuevamente mi marcha llena de enigmas. Me senté en el primer muro que me encontré en la mitad de la calle a verme, a ver mis pies y mis manos y a examinar si estaba a punto de llenarme la boca con una gran bocanada de aire que me despertara. Empecé a buscar la ventana por la que veía mis esperas, tuve la impresión de que todo era un sueño, de que no estaba en Medellín, sino en mi ventana esperando salir del trance y que lo que había pasado era mi afán de buscar alguna explicación insulsa. Pasaron minutos y yo no me moví del muro, me sentí tan confundida que tomé mi teléfono, tenía que llamar a alguien racional a contarle lo que acababa de pasar para que me ayudara a buscar una explicación objetiva para ese encuentro. Llamé a mi papá, pensé en que me iba a regañar por quedarme hablando con un desconocido, pensé en que su astucia iba a encontrar la explicación que yo no hallaba. Le describí toda la escena atacada en llanto, le decía que no sabía por qué estaba llorando; él me preguntaba si estaba bien, si me había hecho algo. Me dijo que revisara mis cosas, mi maleta, que me cerciorara de que no faltara nada: yo no tenía maleta, el dinero que tenía estaba intacto en mi bolsillo y el celular lo usaba para hablarle, nada me faltaba. Le expliqué que mi conmoción respondía a que esa experiencia me excedía, excedía todos mis juicios. Mi papá no titubeó en su respuesta, me dijo que me calmara y que le creyera al anciano. ¿¡Que le creyera!?!... Yo no sabía qué decir, pensé que mi papá me iba a decir que me fuera rápido; él que me ha enseñado a desconfiar de todo el mundo y a usar mi razón como un escudo me pedía que confiara en las palabras de esta anciano tan salido de toda realidad, mi padre, al que siempre le he escuchado juzgar a la iglesia y alejarse de rumores de santos que aparecen en la figura de la humedad de una pared, de la virgen en un pedazo de pan, del número de la lotería en una mariposa.

Después de la conversación telefónica con mi padre volví al apartamento de la esquina, puse las flores en agua, eran bellas, bellísimas. Me alegré de mi regalo y me fui a trabajar a casa de mi amiga, decidí no pensarlo mucho más, nada podía pasar malo o más malo con las simples palabras de un anciano que a lo mejor sí estaba medio loco... No volví a orarle a las flores, me sentía extraña. He olvidado muchas frases y no recuerdo ni el orden exacto en el que las dijimos.

En casa de mi amiga no pude trabajar, apenas me abrió la puerta su hermano Juan, lo saludé y me puse a conversar con él. Recordaba que estudiaba música y le pregunté si ya iba a graduarse y me dijo que sí pero de medicina... Lo felicité, con mi desespero aproveché para echarle mi cuento, otra vez el relato de las bolasnudos que me atragantan del sudor chorreando en las noches, del tapete de pelos que me acompaña. Le conté que estaba muy angustiada por unos exámenes que me habían hecho, me preguntó si podía mostrárselos y yo por alguna casualidad los tenía en la maleta completos, tenía toda mi historia médica conmigo y hasta tenía los CD de las imágenes de tomografías que me habían hecho. No se por qué los tenía conmigo, no ando todo el tiempo con mi historia médica en la maleta y ese día no iba a hacer ningún trámite, pero los tenía. Fuimos al computador a ver las imágenes. Él entusiasmado como un médico que empieza su práctica, como uno que aún no está agotado y cercado por el sistema, uno al que no están presionado por el tiempo de la consulta, porque haga el informe, porque no me formule muchas cosas, ni muchos exámenes. Un joven médico de vocación que estudiada con los médicos que yo admiraba del hospital Universitario que yo iba buscando, un médico que me conocía desde hace años y que el afecto derivado de mi amistad con su hermana lo hacía familiar.

Cuando empezó a revisar mi exámenes vi su cara cambiar; miraba las imágenes y leía los resultados. Me decía mira esto, es tu yugular, ¿ves? Hay una inflamación que la está obstruyendo. Se preguntaba: ¿Será por esto que te desmayas? Yo tenía mil preguntas, pero esperaba paciente a que observara con detenimiento las imágenes de mi cabeza que eran incomprensibles para mí, mientras él analizaba las imágenes me explicaba en qué parte estaba, me decía, aquí esta tu lengua, estas son venas, esto de acá parecen ser ganglios inflamados. A veces se confundía y se corregía de inmediato, señalaba con su dedo una imagen negra, enmarañada. Cuando me enfrentaba a esas imágenes sin explicaciones y sabía que era yo por dentro no daba crédito a que no pudiera identificar cuáles eran mis ojos y cuáles las bolasnudos inflamadas, podía fácilmente confundir una inflamación con un ojo, un ojo con una muela, una muela, con un tumor, un tumor... No, tumores no tenía todavía pero yo podía inventármelos si veía las imágenes negras enmarañadas sola. Se hacía poderosa la sensación de desconocimiento de mí misma. Nunca otro médico me había mostrado las imágenes así, explicándome cada parte como en una clase de anatomía.

Cuando terminó de ver las imágenes me pidió los exámenes de laboratorio. Se los pasé y mientras los miraba no pronunciaba una sola palabra. Yo hablaba y hablaba y él no respondía a nada. Ya no me explicaba lo que veía. Le mostré los asteriscos (***) que tantas incógnitas me despertaban. Juan, después de tomarse una pausa, me dijo que pensaba igual que la médica que me había visto, que debían hacerme más estudios, y

empezó a preguntarme por los que me iban a hacer, por los siguientes exámenes y la frustración volvió a mí. Le dije que yo ya sabía que me iban a hacer mas exámenes pero que por favor me dijera por qué, qué era lo anormal, que hacía que se contuviera, que me dijera por favor qué pasaba, qué intuían, qué veía. Que yo estaba segura de que algo pasaba y que por difícil que fuera era mejor saberlo ya, porque ya lo sabía pero lo que no sabía era ponerle nombre, que hasta ahora era el espectro de la enfermedad. Me respondió que no quería alarmarme, que se acostumbra a hacer exámenes confirmatorios y que como me había dicho la médica, con estos que tenía sólo podían saber que algo andaba mal pero no sabían por qué aún. ¿Qué anda mal? ¿Qué parece? ¿Un virus, una infección, una enfermedad grave, un espectro? Juan me dijo que no quería alterarme pero que el asunto tal y como yo temía era serio, que debía tomármelo con calma pero que me lo decía porque debía también hacer todo lo posible para acelerar el caso; me dijo que no entendía cómo me habían dejado ir con los exámenes en las mano a esperar los próximos exámenes, que yo necesitaba tratamiento de inmediato. Que lo importante ahora era saber qué era para saber cómo tratarme pero que claramente estaba enferma, que lo que decían los asteriscos es que yo estaba en un estado autoinmune, que significa que mis defensas en lugar de defenderme me atacaban y que esa condición se presenta en enfermedades complejas, y que sólo la condición autoinmune era grave, que necesitaba tratamiento rápido. Le comenté sobre mi intuición de vivir en Medellín nuevamente. Él la celebró; según él todo podía ser mas fácil para mí y en la ciudad hay muy buenos médicos, me dijo que acelerara todo con calma. ¿Calma? Ya por lo menos sabía que la sensación del poderoso espectro dentro mío se revelaba, ya sabía que el contrincante adentro era fuerte, ya no sólo lo intuía, sabía que la batalla era de vida o muerte, lo sabía desde antes. Empecé a hablarle sobre ese miedo que venía arrinconándome, que sabía que algo se apoderaba de mi vida, de mis fuerzas, de mi carne, que no me habían dicho nada pero yo me sentía morir y no sé qué decir de la muerte, no sabía como describirle que yo tenía la certeza de que me estaba acechando. Sentí alivio, sentí la calma a la que él me llamaba. Las respuestas llegaban para confirmar que no me estaba enloqueciendo y eso me tranquilizaba, pero las noticias que llegaban me dejaban en ese territorio que no me imaginaba. Veía enfermos haciendo filas, gente pálida, flaca, ojerosa, cansada, llena de cicatrices y tuve una imagen mía en esas filas de nuevo y la calma se transformó en llanto, un llanto pasivo, era como recibir una condena. Juan me abrazó y me dijo que buscara alternativas, que la medicina era también una rama muy difícil, que él creía que la enfermedad era algo en lo que los pacientes tenemos mucho que manejar, que me devolviera en el tiempo y pensara en el momento en que empecé a sentirme enferma, que pensara en cómo estaba yo emocionalmente en ese momento y que seguramente iba a encontrar respuestas para ayudarme... Casi no lo dejo terminar para responderle que yo hacía meses rondaba esas preguntas y no había encontrado un hilo que me condujera a algún indicio. A mi

descontento con el sistema de salud me recomendó buscar medicinas alternativas que me ayudaran a atravesar este camino. Ese fue el primer momento en el que sentí que se abría ante mis ojos el telón de mi propia historia, estaba ante el escenario de mi propio cuerpo, comprendía las imágenes de mi cuerpo abierto, ya lo intuía... lo sabía...

No trabajé nada. Juan me ofreció un té y llamó un taxi para que me recogiera. Mientras el taxi llegaba un silencio incómodo inundó la sala. Yo miraba concentrada la taza de té y empecé a agradecer encontrarme ese día con ese joven médico, el taxi timbró, yo lo abracé sentidamente y me fui. Cuando entré al apartamento de la esquina estaban las flores sobre la mesa y como un relámpago vino la idea de que el anciano había convocado el médico que yo necesitaba... ¿Sería Juan? Lo cierto es que no había tenido descanso hasta ese día en el que confirmaba la dificultad, en el que el panorama se hacía denso pero que sentía que se relajaba mi mandíbula y por lo menos por esa noche iba dejar de contar las horas, de apretar los dientes.

Al día siguiente me encontré con la amiga médica con la que había vivido mientras hacíamos la carrera universitaria y que había citado desde antes de viajar para exponerle mi caso. La vi y le conté lo que me había dicho Juan. Ella me confirmó todo y me explicaba: las defensas del cuerpo son como un ejército que se forma para defenderlo y los ganglios bolenudos se inflaman cuando están en la batalla de defensa, lo que pasa con la autoinmunidad es que el batallón de defensa recibe mensajes erróneos y empieza el propio ejército a atacar el cuerpo, ataca los órganos, las células, los tejidos... Es el cuerpo contra el cuerpo. Yo que viví 13 años de mi vida dentro de un batallón sabía de qué me hablaba, entendía la imagen que trataba de explicarme, cuando el ejército decide atacar o defender no hay quién lo pare, es una situación alarmante... No importa que ataquen a quien deben defender y salven a quien deben atacar, no importa, si la orden de atacar está dada, sea errónea o no, se cumple.

Vino a mí en ese momento la imagen del palacio de Justicia en llamas, pensé en la voz del presidente de la Corte Suprema de Justicia:

“(...) Por favor, que el presidente dé finalmente la orden de cese el fuego [...] Estamos en un trance de muerte. Ustedes tiene que ayudarnos, tiene que pedirle al gobierno que cese el fuego. Rogarle para que el ejército y la policía se detengan... Ellos no entienden.”⁹

⁹ Antonio Caballero, Alfredo Molano, Héctor Rincón, Ana María Cano, Ricardo Silva Romero, José Navia, Armando Neira, Juan David Correa y Jorge Cardona. (2015). Miércoles 6 de noviembre. La herida Vengada. En 1985 La semana que cambió a Colombia, pág. 35. Bogotá, Colombia: Semana libros.

No entendían quienes seguían las órdenes que estaban atacando sus propias células, sus propios cuerpos, su propio Estado. Como evidencia la famosa frase del Coronel Plazas Vega, uno de los que estaban al mando de esa operación. Que dijo a uno de los periodistas que lo que estaban haciendo era “defender la democracia maestro”. Acallando la voces de los guerrilleros y de paso de los juristas que ahí se encontraban. Defendiendo mantener el poder con bombas, rockets, metralla, fuego. Mantenerlo como fuera posible.

Me di cuenta de lo valioso de mi encuentro con Juan la noche anterior, ya que mi amiga y yo nos encontramos en un lugar público a comernos un helado y a hablar. No había mucho espacio para ver las imágenes de mis estudios ni para revisar los exámenes, ni para todas las preguntas que yo tenía atragantadas y que se habían liberado la noche anterior. ¿Fue Juan convocado por el anciano?

Ciudad de México
Agosto de 2016

El espacio cada día está mas húmedo y gris, pero yo persisto: fumo, cocino en una cocina diminuta; es como un campamento en la mitad de la ciudad, en medio de la selva de cemento.

Acabo de fumarme el último tabaco que traje de Colombia y mientras me llenaba de bocanadas de humo oloroso, me venían recuerdos de la tierra, de los olores, de los amigos, de las casas, de los recorridos, el humo y su olor me llevan al recuerdo. La noción del tiempo permite percibir no solo lo que he hecho, sino también lo que no he hecho... La inmovilidad, la imposibilidad. El tiempo es relativo ahora que estoy confinada a esperar. Todo se ha convertido en una espera constante y el tiempo leve se estira; se hace pesada la atmósfera y es difícil concentrarme en el curso de una escritura constante. No dejo de escribir pero me releo y me doy cuenta de que escribo a pedazos mochos, que tengo una cadena de brincos, que en un instante el humo me trae el recuerdo y al siguiente me trae la angustia del futuro, que no puedo controlar. Percibo mi pensamiento como una máquina que dejé de controlar y está todo el tiempo realizando funciones insospechadas. Tal vez estar quieta durante tanto tiempo hizo que mi cabeza cogiera vuelo. Cuando el cuerpo está inmóvil, horas, días, meses; cuando el peso del cuerpo pesa y las necesidades básicas –orinar, bañarme o peinarme– se convierten en labores titánicas. Por otra parte, lo que está en la cabeza y en los ojos y los oídos va a toda prisa y me toma ventaja. Incluso cuando me puedo mover y mi cuerpo vuelve a un rango funcional casi normal, este no responde. Necesito demasiado tiempo de quietud y entonces reposo paciente mientras el pensamiento corre veloz, tanto que me inmoviliza, gasta todas mis energías y ahora que me ha llegado este tiempo que añoraba no salgo del letargo, ya no desde la imposibilidad del movimiento corporal, ahora es mi cabeza la que se hace gigante y me cuesta cargar.

Con el humo llegan recuerdos del fuego, del que arde en mi garganta y el que se hizo incendio. Pequeñas brasas reposaban como bolasnudos dentro de mí y no lo sabía. Hasta ahora soy consiente de que los nudosbolas que me aprisionaban las palabras, la respiración, el aliento, no son solo carne y contenido viscoso: albergan el calor del cuerpo, son como brasas en reposo. Al no poder soportar la extrañeza de tenerlas conmigo, de no saber de qué están hechas, su origen, propósito o contenido, empecé a convulsionar. Trataba de modular palabras, de gritar aún en medio de la imposibilidad; las palabras querían salir pero no tenían coherencia. No sabía qué palabras pronunciar, cómo hilar una frase desde la extrañeza. Una ráfaga de viento que salía desde un taco vacío, la contradicción que siento dentro de mí desde hace

años quiso salir y lo que hizo fue avivar las brasas tenues de las bolas nudos. Un incendio empezó a armarse y a arderme y cuando abría la boca no eran palabras ni viento lo que salía: era fuego, ráfagas de fuego, lenguas de fuego. Me paraba en largas filas y cuando llegaba mi turno, cuando no obtenía ninguna respuestas sino más enredos, más trámites y más filas y empezaba a resoplar y lanzar gritos, las ráfagas cobraban fuerza e incendiaban todo alrededor.

Bogotá
Abril de 2015

En abril del 2015 fui invitada a participar en un evento que hacía parte de la Cumbre Mundial de Artistas por la Paz en Colombia. Para esa época ya me había trasladado a vivir en Medellín y seguía parándome en las filas. En medio de toda la extrañeza la presentación de mi trabajo cobraba significado, *Lo mejor es que nos olvidemos*, en ese espacio quería contribuir con un proceso en el que quería crear. Viajé a Bogotá a presentarme a pesar de la impotencia en que me había sumido la situación médica. El día que me paré en el escenario las ráfagas del aire se hicieron huracanes, tormentas, el fuego salió a chorros por la boca, y todo el cuerpo convulsionó ...

Y no obstante logré culminar la obra, la cual propone un enredadísimo árbol genealógico. Cerré preguntándole a la audiencia con cinismo:

– *¿Tienen alguna pregunta?*

Después de unas risas incrédulas y un breve silencio, alguien (una mujer adulta, seguramente una madre, siempre las madres son las que tienen más preguntas) lanzó una pregunta.. Recuerdo bien que empecé a tratar de hilar palabras para una respuesta pero empecé a agitarme, a respirar más rápido y las brasasbolasnudos adentro se avivaban. No sé si respondí, o no sé qué respondí. Lo que sé es que ese aire de huracanes internos armó tal incendio que lancé llamaradas hacia el público. Sola en la mitad del escenario, iracunda. No podía respaldar ninguna “propaganda de paz” cuando se libraba una guerra por dentro. Al contrario, estaba llena de reclamos y llamaradas. No me sentía respaldada.

Acababa de escuchar a Fernando Vallejo, otro al que habían llamado a hacer propaganda, pero que dejó salir su tremendo desencuentro. Su discurso: “La infamia que aquí llaman paz” envalentonó mi extrañeza: respiraba agitada, resoplaba, sentía la sangre fluir en palpitations agitadas por mi cabeza, alzaba a escuchar ese fluido, resoplaba. Justo después de ese discurso debía pararme n frente del público. Pude controlar la respiración durante la presentación, las palabras que articulaba estaban calculadas y planeadas con antelación, estaba en el lugar del teatro, aparentando estar bien mientras por dentro el fuego me incineraba, me ardía.

Las palabras de Vallejo me habían apretado las tripas.

“La ruina de Colombia es inconmensurable: económica, social, cultural, moral, total. Millones de exiliados, millones de desplazados, millones de desocupados, una deuda

externa de 100.000 millones de dólares, un sistema financiero de estafadores, un Congreso de corruptos, un poder judicial corrupto, el campo en ruinas, el peso en picada, la prensa arrodillada, las ciudades en manos del hampa, la inseguridad en todas partes, y como última razón y causa de todos nuestros males, la desaparición del Estado, el cual incumpliendo su función esencial de garantizar la vida y los bienes de todos no se los garantiza a nadie y solo existe aquí para atropellar y atracar: para atropellar con sus trabas y atracar con sus impuestos.”¹⁰

Atracada, atropellada, incinerada, ardiendo, sabía que me estaba enfrentando a esas ruinas de Colombia, a ese monstruo gigante de la corrupción que me arrebató la tranquilidad. Así que ante la pregunta de aquella señora desprevenida del público no sé si respondí o generé un silencio incómodo, tal vez no respondí a su pregunta y a ella tampoco le interesaba saber tanto. Un descontento se formó en la sala, una tensión tremenda. ¿Se suponía que los debía divertir? Una llamarada en el espacio. Mientras tanto, yo seguí resoplando, hablando... Casi gritando, con el cuerpo vibrando, la adrenalina apoderada de mí y sin pensarlo me expuse, me lancé, me tiré, me abrí en medio del escenario para que todos vieran el incendio, el espectáculo del cuerpo en llamas, del edificio derrumbándose.

En medio del fuego, salían y salían espasmos de aire que se hacían palabras:

– *¡Estoy de acuerdo con Fernando Vallejo, este proceso de paz es una infamia!*

La gente empezó a mirarme con curiosidad y continué...

– *Esto no es un proceso de paz que nos involucre a todos, es una negociación con un grupo armado para parar el conflicto, pero la guerra de Colombia es más extensa...*

Fuego, llamaradas de fuego hacían que todo empezara a oler a quemado, el miedo estaba instaurado en el espacio.

– *Aquí no podemos hablar de paz hasta que no le demos respuestas a todas las ríos de madres que marchan por las ciudades porque se han quedado esperando a sus hijos.*

Mi lengua no se carbonizó con el fuego, sino que era como un corredor que lo dirigía y lo llevaba lejos, a tocar el techo. Pero ya era de otra textura: ¡cauchuda!

¹⁰ Periódico el espectador. Discurso del escritor Fernando Vallejo, pronunciado el 6 de abril de 2015 en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán de Bogotá, durante la Cumbre Mundial de Arte & Cultura para la Paz. En Línea, noviembre de 2016: <http://www.elespectador.com/noticias/cultura/infamia-aqui-llaman-paz-articulo-553421>

– Aquí no se habla de paz hasta que no nos hablen de educación, de empleo....

Lenguas de fuego azules, naranjas, amarillas y rojas iluminaban todo en medio de humo denso y gris. Todo estaba quedando lleno de ceniza.

– No hablamos de paz hasta que dejen de ultrajarnos a todos y dejemos de ultrajarnos entre todos.

Empecé a dirigir mi boca hacia el techo para no quemar al público, aunque confieso que pretendía por lo menos quemarles las pestañas, que salieran con dificultad en su mirada... Que entrara más luz e incomodara sus apacibles miradas... que tuvieran que enchinar la mirada y quedarse detallando las formas con detenimiento. Que se detuvieran en una imagen.

– Aquí no se habla de paz hasta que no dejemos todos de ser víctimas... Victimarios.

Inconscientes

desalmados

inalmados

inhumanos

inhumados

ahumados

achicharrados

asados

todos Negros, los cuerpos rotos, aullando, retorciéndose la carnecaucho quemada, negra... Las fibras recogidas... el terror aún en los huesos dibujado en tétricas caras de pánico.

Pedazos de huesos calcinados, el olor a hierro y a carne...

La energía flotando del miedo de quienes veían las llamas alzándose, arreciando, como anunciando: ¡Ya voy!... ¡Ahí voy!

Yo, por ejemplo, puedo estar aquí parada frente a ustedes en este gran teatro y hacer parte de un gran evento, en este bonito teatro... Pero no puedo acceder a ser atendida en el sistema de salud...

Me convertí en una cifra más de un sistema corrupto, en una mercancía...

Quería calmar las llamas pero ya era imposible.

Salían chispas que iluminaban todo e incendiaban el lugar.

A mí me está dejando morir el sistema de salud colombiano... No logro que me atiendan... Soy el ejemplo parado andante de que lo que aquí llaman paz y a lo que me han llamado a hacerle propaganda es una infamia...

Una bola de fuego hacía remolinos en el techo del teatro y salí corriendo del escenario, dejando esa bola de fuego instaurada, el miedo, el olor....

Resoplaba agitada, el llanto vino de nuevo... Chorros de lágrimas apagaron el incendio y yo me quedé sola, temblando... No quería exponerme...

Espasmos hilados en palabras no planeadas que salieron tan espontáneas que me dejaron completamente expuesta e indefensa, en un limbo... Así como no controlé el fuego ya tampoco podía controlar el agua, chorros corrían por mis mejillas y las horas se hicieron días mientras trataba de hallar algún asidero. Quería que todo terminara en medio del territorio más inhóspito.

Mis rodillas no dejaban de temblar y otra vez no podía ni moverme...

Pasaron dos días y recibí una llamada, una mujer al otro lado de la línea:

¿Nathaly Rubio?

Yo: Sí

Mujer: La llamo de su EPS (Empresa Promotora de Salud). Recibimos sus quejas sobre el procedimiento quirúrgico que tiene pendiente. El procedimiento se le realizará el próximo sábado 14 de abril a las 11:40 de la mañana. Ya no será en la clínica que estaba programada; le harán el procedimiento en la Clínica del Sagrado Corazón.

Recuerde que debe presentarse en ayuno y con toda su historia clínica y debe reclamar la orden para el procedimiento en las oficinas de la EPS.

Yo: ¿Ese día me operan?... ¿Pero cómo si yo ya había asistido a valoración con el cirujano y el anestesiólogo en la otra clínica? ¿Quién me va a operar ahora sin valorarme?

Mujer: Ese día le harán la valoración antes del procedimiento. Si no toma ese turno no sé en qué otra fecha podemos programarla.

Yo: allá estaré...

La mujer al otro lado de la línea colgó el teléfono y yo me quedé pasmada: de repente recibía la respuesta por la que tantas filas había frecuentado.

¿En dos días? Un miedo tenue se apoderó de mí. Sin embargo, cancelé todos mis compromisos y emprendí el viaje de regreso para que me operaran, por fin iban a extraer alguna de esas bolasnudosbrasas para ver por qué es que no se apagan, por qué su brasa sigue prendida, por qué su nudo no deja de apretar, por qué están latentes todo el tiempo. Esta noticia fue la única que logró secar el llanto y accionarme, estrujarme.

Medellín
Abril de 2015

Llegó el día... Estaba muy nerviosa. Recordaba la cita con el anesthesiólogo que me había valorado. Me había dicho que mi cirugía era compleja y que no autorizaba el procedimiento como estaba planeado, que no podían sacarme una de esas bolasnudosbrasas profundas que me aprisionaban la respiración y que casi no me dejaba llegar aire a la cabeza, que debían hacer un procedimiento superficial.

En la mañana de ese sábado la atmósfera estaba enrarecida; el tiempo parecía pasar rápido, pero yo estaba lenta, como suspendida en una imagen. Habíamos viajado toda la noche para llegar a este día. Mi compañero se fue a recoger la autorización de la cirugía mientras yo alistaba todo. Una necesidad de escribir se apoderó de mí, busqué una libreta y dejé de alistarlo todo y me ensimismé en una escritura salvaje, una escritura que me salía a chorros, no alcanzaba a escribir lo que pensaba, escribía con desespero. No era consciente del todo de lo que estaba saliendo, de lo que estaba en mí. Recuerdo que estaba muy nerviosa, que tenía miedo, que el tan anhelado día de que me cortaran el cuello y sacaran una bolanudobrasa de adentro había llegado. Había esperado por ese día más de un año, más de dos, de tres... Creo que toda la vida. La emoción de estar a punto de lograrlo hacía que la adrenalina me hiciera vibrar. Escribí a mano, a pulso lo que meses después revisé y era claramente una carta de despedida...

...

Me sorprendí al leer que me despedía del mundo.

Me leí ahogándome en mí misma, en mi propia carne, ahogándome con mis propias babas, incendiándome con mi propio aire, con mi respiración.

Edith, una tía que murió hace unos años en una cirugía muy parecida a la que iban a hacerme.

La tía antes de su cirugía estaba nerviosa, presentía su final, lo sabía. La visité unos días antes de su intervención y su despedida me dejó atónita, expresaba que tenía mucho miedo, que sabía que iba a morir. Traté de persuadirla para que dejara esos pensamientos. Mi abuela materna había muerto en la cirugía de un ojo, nunca despertó de la anestesia. Este evento marcó para siempre la vida familiar. Por eso la

tía decía que presentía algo, que tenía extrañeza... Le dolían los ojos, le recordaban el miedo. Cuando nos despedimos me abrazó y me dijo que no nos volveríamos a ver, lloró y lloré y entonces le dije que no se hiciera la cirugía, que el miedo también es protector.

Llegó el día de su cirugía. Recuerdo que yo estaba en la universidad y no alcancé a hablarle antes y pensé: La llame después. Unas horas más tarde me llamaron a mí, mi mamá al otro lado de la línea me decía que a la tía no le había ido bien en la cirugía, que había tenido complicaciones, que no sabía qué tan grave era su estado. No podía creerlo, el trauma de mi mamá y de la tía cobraba fuerza en mí, se hacía un trauma propio; apretaban las bolas nudos brasas en la garganta, el flujo del aire se estancó. La espera por tener noticias de ella se me hacía demasiado larga y no pasaba mucho; solo me decían que había tenido un paro respiratorio al despertar de la cirugía pero que los médicos habían logrado salvarla.

Iban a desconectarla del respirador artificial y la familia recitaba en cadena una oración para que ella respirara por sus propios medios. Ese día no pude trabajar, no pude nada, solo esperaba para saber si respiraba. El teléfono timbró en la tarde y esperaba la peor de las noticias cuando un grito emocionado me anunció: ¡Respira!

Brinqué.

Fui a verla y cuando entré a su habitación no pude contener el llanto. La tía ya no estaba en ese cuerpo, ella se había ido en la cirugía. Su cuerpo, todo recogido, como torcido, como si se hubiera incendiado también. Ella respiraba y hacía ruidos pero no respondía, los médicos decían que había quedado ciega y que seguramente los daños cerebrales eran irreversibles, había dejado de respirar durante mucho tiempo mientras despertaba de la anestesia.

Yo me ofrecí para cuidarla una noche para que mis familiares pudieran descansar un poco. Extendí una cobija al lado de la cama de mi tía y me acosté en el piso. La miraba fijamente mientras su cuerpo hacía movimientos como los de un bebé recién nacido y gagueaba. Yo le hablaba, le susurraba, sabía que desde alguna parte me escuchaba. La percibía, me sentí acompañada por ella en la habitación. Le hablé mucho en esa noche.

Finalmente al poco tiempo llamaron a decirme que la tía había muerto. Así lo esperaba; incluso había pedido que su cuerpo dejara de sufrir. El cuerpo helado, en la garganta un nudo y un vacío enorme por dentro. Después de un largo viaje durante el cual mis primas me llamaban a preguntarme si ya iba a llegar; las notaba ansiosas. Me

decían que nadie vería a la tía hasta que yo llegara. Me daba cuenta de que ellas sabían que la relación que yo tenía con mi tía era realmente cercana.

Llegué a la funeraria, apreté el llanto y me dirigí hacia donde ellas estaban, al lado de féretro. En el camino vi como toda la gente me miraba y casi me hacían una calle de honor para que pasara, todos preguntaban si era yo a la que esperaban y sentía todas las miradas encima y no entendía nada. Llegué al lado de la tía. mis primas sacaron una cartera de maquillaje y me dijeron: a mi mamá nadie la ha visto todavía, te estábamos esperando, le hiciste una promesa la última vez que se vieron. Recordé que ese último enero en el que la vi, estábamos reunidos en la cocina, ella estaba sirviendo el desayuno y hablándonos del miedo que tenía de la cirugía. Tenía la costumbre de servirme de última; esa vez sirvió y se le olvidó que el desayuno era para mí y se sentó a comérselo. Cuando cayó en la cuenta soltó una risotada apretando con sus dos manos su delantal. Yo me serví el desayuno. Ella me miró fijamente y dijo: Tienes que prometerme que cuando me muera no me vas a dejar ver de nadie carilavada y tampoco quiero que me maquillen en la funeraria y me dejen llena de polvo como una maldita cucaracha de panadería, tienes que maquillarme tu misma y que nadie me vea hasta que lo hagas”. Comprendí el afán de mis primas para que yo llegara y hasta ese momento lo recordé. Me pasaron la cartera... Las manos me temblaban, las rodillas, la cabeza, todo me temblaba. Me sonreí pensando que de todas formas la iba a dejar como un payaso mal pintado. Mi hermana se ofreció a ayudarme.

La sala de velación estaba dividida en dos partes, el espacio del féretro y una salita en frente con sillas para los visitantes. Todos se fueron a la sala y observaban como si fuera una escena de cine. Mi hermana y yo retiramos las flores de encima del féretro y nos dispusimos a abrirlo. Apenas levantamos la tapa un olor indescriptible salió, un olor que nos ardía, un olor insoportable, era como formol reconcentrado. Me ardían los ojos, las fosas nasales, la boca; mi hermana no pudo mantenerse y se alejó de un brinco. Yo le lancé una mirada a mis primas: estaban muy descompuestas. Empecé a hablarle a la tía, a susurrarle, a pedirle que ayudara a sostener ese momento, que me ayudara a aguantar, que necesitaba hacerlo; la calma empezó a llegar. Puse la cartera del maquillaje sobre su pecho y empecé a limpiar su rostro con un pañuelo. En efecto la habían dejado como una “maldita cucaracha de panadería”, llena de polvos faciales que no correspondían al color de su piel; le habían puesto un labial rosado. Su cara estaba fría, pálida, verdosa y demasiado rígida, dura. Nunca me voy al olvidar de esa dureza de sus mejillas. Yo seguía temblando y empecé a ponerle el labial, saqué mi cartera de maquillaje y le puse mi rubor, mi pestañina, mis sombras... Era el maquillaje que ella me había regalado. La maquillé sin flaquear, sin llorar, concentrada en la conversación con ella.. Me gustó como se veía. Me retiré. Todos fueron a verla; el féretro permaneció abierto hasta la hora de su sepulcro.

Después de este incidente mi mamá me llamó a agradecerme y me pidió que cuando ella muriera hiciera lo mismo con ella. Tragué saliva y colgué el teléfono. Luego se acercó otra de mis tías a decirme lo mismo: -también quiero que me maquilles cuando muera-. Quedé impávida, sin saber qué responder, aunque sabía que a tales peticiones no podía negarme. Ese día me convertí en la maquilladora oficial de los difuntos. No sabían que tal vez les tocaría a ellas maquillar mi cara pálida.

Me voy a maquillar a la muerte..

Llegué a la clínica y me informaron en la taquilla que mi cita no era a las 11:40 a.m. como me habían informado telefónicamente, sino, a las 9:40 a.m. y que no era una cirugía lo que tenía programado, sino, una cita de valoración. Caí vertiginosamente, caí. Empecé a gritar, ya no aguantaba más, lanzaba fuego en todas las ventanillas nuevamente, hacía llamadas y llamaradas con la voz del fuego angustiado, ardiendo... De pronto me apagué.

Todo se quedó oscuro, apenas lograba escuchar los murmullos de los que se quejaban, mientras mi cuerpo llameaba, los que estaban adentro corrían, se estrujaban unos a otros, suplicaban. Los estruendos de metralletas no se detenían, sentía que los muros se agrietaban, se estallaban los vidrios. Todo mi esqueleto, las columnas y las vigas tiemblan con los estruendos. Enfrentamiento activo en el Palaciocasa de la casacuerpo.

Cuando abrí los ojos todos me miraban: me había desmayado nuevamente. Me ingresaron por el servicio de urgencias y me hospitalizaron; me hicieron mantener el ayuno todo el día porque decían que podían hacerme la cirugía en cualquier momento, amaneció y tenía un hambre atroz, trajeron los desayunos y me avisaron que a mí no me iban a dar nada porque ese día sí me operaban, al parecer ahorrándose todo tipo de anestesia, ya iba a llegar anestesiada del hambre. Como a las cinco de la tarde vino un médico que tenía pinta de carnicero, solo le faltaba el delantal blanco manchado de sangre. Me dijo que era el cirujano. Preguntó en dónde tenía las bolas nudosbrasas, me tocó el cuello como palpando una carne magra y se fue. No preguntó nada, no hizo ninguna valoración, sólo dijo antes de retirarse que iban a pasar al quirófano.

Vinieron los camilleros, me hicieron quitar la ropa y ponerme bata, le entregaron todas mis pertenencias a mi compañero. Y me entraron al quirófano. Había dos muchachos, no sé si eran médicos o enfermeros, me acostaron en una camilla en forma de cruz, con los brazos extendidos. Me van a crucificar –pensaba-. Empezaron a limpiarme el cuello con un líquido que parecía sangre, luego a poner correas alrededor de los tobillos y otra en mi brazo derecho. Y mientras tanto desesperada les decía que esperaran, intentaba sentarme y no me dejaban. Empecé a quitarme las correas con la mano libre, les dije que no podía operarme así, que nadie me había valorado, nadie había consultado mi historia médica. Ellos trataban de calmarme. Volvían a poner las correas y me pedían que me calmara y era como si me pidieran lo contrario. Les insistí y les dije que otro anestesiólogo en otro clínica había hecho muchas recomendaciones sobre mi cirugía y me había advertido que no era simple. Solo entonces hablaron conmigo. Les dije que en la valoración con el cirujano él no había revisado mi historia médica ni me había dado tiempo de contarle nada y no había tenido oportunidad de hablar tampoco con el anestesiólogo. Les decía que mi

abuela y mi tía murieron en una cirugía... Me preguntaron por mi historia médica, la cual hasta ese momento permanecía en la maleta con mis pertenencias. Desde que había ingresado a urgencias nadie la había revisado, uno de ellos salió por la historia y se la llevó al anestesiólogo. Yo esperaba acostada en la cruz. Vino un señor que me dijo que era el anestesiólogo, se sentó en frente y empezó a preguntarme si me había visto un oncólogo, un reumatólogo, un endocrinólogo. A todo respondía que no. Me preguntó si me habían hospitalizado antes por mi situación y respondí que no, que todo eran filas y filas y filas... Dijo que mi caso era complejo y estaba muy crudo y que él no podía hacerme la cirugía así. Entre fuego y llanto yo le suplicaba que por favor me la hiciera que había esperado mucho. Dijo que me tenían que hospitalizar y analizar el caso detenidamente. Me devolvieron a urgencias en donde a mí y a todos los moribundos nos trataban como si fuéramos animales enjaulados, listos para el matadero. Me consumía el fuego, lanzaba llamaradas a todas partes y gritaba. Hice tal incendio que vinieron a antenderme los interventores de la clínica y de la empresa de salud a la que estaba afiliada. Todos estaban sorprendidos con mi caso y me preguntaban cómo era que el fuego había crecido tanto, cómo era que nadie había tratado de apagarlo antes, cómo me habían dejado llegar hasta un ardor tan extremo que ya me encontraba entre la vida y la muerte. En ese momento supe que mis más profundos miedos eran reales; era la primera vez que veía a los médicos preocupados por mi estado; era la primera vez que sentía que la angustia no era solo mía.

Vinieron muchos exámenes, venían a media noche, a la madrugada. Recuerdo a una bacterióloga que vino con un carrito a tomarme una muestra, me preguntaba qué tenía, por qué me hacían los exámenes y yo le decía que no sabía, que por eso me los hacían.

La EPS nuevamente trató de entorpecer la cirugía, de dejarme en filas. Trató de trasladarme de clínica porque en esta ya me iban a hacer la cirugía. Pretendían mandarme a una tercera fila a ver si ya por fin me moría esperando y se ahorran el dinero del tratamiento, pero yo, lanzando llamas por la boca, logré alejarlos, no dejé que me tocaran cuando llegaron con una camilla para trasladarme a la siguiente fila. Uno de los médicos me explicó que yo tenía una inflamación generalizada, que todos mis órganos estaban inflamados. Me preguntó si me sentía muy irritable a lo que contesté con una llamarada de fuego. Dijo que era porque mi cerebro también estaba inflamado, que mi sangre estaba inflamada. Me dijo que no me iban a operar hasta que salieran los exámenes y que tengo un síndrome reumático que me va secando, que ya estaba toda seca. Dijo que tenía un proceso infeccioso que había avanzado mucho y que ya estaba en la sangre. Me dijo que él no sabía cómo yo había alcanzado a llegar a la clínica. Yo le respondí que había llegado hacía un par de años pero que me tenían haciendo filas mientras se me inflamaba todo, me secaba y me infectaba, pero que yo

sabía que no quedaba mucho más, que tenía miedo, que sentía el deterioro día tras día, que mi dolor subía y mi angustia y que el fuego que echaba por la boca estaba a punto de enloquecerme.

El médico nos dejó su número de celular y dijo que debía consultar con otras especialidades médicas mi caso y que la clínica no tenía esas especialidades así que iba a llamar a algunos colegas y que estuviera lista porque en cualquier momento me operaban.

En un par de horas vinieron los camilleros y me dijeron que había llegado la hora. Yo no esperaba que fuera tan rápido, me llevaron al quirófano, me hicieron cambiar, les dije que mi compañero no estaba y me decían que lo estaban esperando, que él estaba reclamando un examen, que era que debían consultar para operarme, pero que mi caso era muy urgente, que yo debía esperar dentro del quirófano, que apenas llegara me operaban.

Vino un anesthesiólogo a hablarme, me dijo que los otros anesthesiólogos de la clínica habían rechazado el procedimiento, que no se atrevían porque mi cirugía era de alto riesgo, pero que él la había aceptado porque sabía que la necesitaba urgente, que la había aceptado porque como yo él también se desconectaba, que incluso podía desmayarse en medio de mi cirugía pero que eso era una condición que él tenía controlada.

Me dijo que yo debía ser consciente del procedimiento que iban a hacerme y estar tranquila y empezó a explicarme que debieron tomar muchas precauciones. Me entraron en camilla a la sala de cirugía, volvieron a acostarme en el cristo, la sala estaba llena de personas y equipos.

El anesthesiólogo me dijo:

Alistamos todos estos equipos y el personal para tu procedimiento, estamos listos para cualquier complicación, el riesgo que contemplamos es que puedas presentar una falla cardiorrespiratoria por tu condición, pero todos estos equipos y personal están dispuestos para atender cualquier complicación. Este es el respirador, este otro equipo tiene lista algunas unidades de tu sangre, tenemos preparada la sala de cuidados intensivos. No te nos vas a ir en esta cirugía, te lo digo para que estés tranquila.

Yo pensaba en todo lo que me faltó por escribir en mi carta de despedida.

El anestesiólogo continuó:

Buscamos un tipo de cáncer muy invasivo y por eso se hace urgente este procedimiento. Necesito contar con tu ayuda, necesito que permanezcas tranquila, calmada, ¿Estás lista? Mis labios temblaban tanto...

Le pedí agua, como un moribundo que quiere sentir su frescura por última vez y se negó.

Continuó:

Como estás en un estado muy delicado no vamos a ponerte anestesia general convencional, vamos a ponerte una anestesia de careta, por oxígeno y eso implica que debemos despertarte muy rápido, es posible que cuando despiertes todavía estemos finalizando el procedimiento, por lo que repito, debes estar muy calmada. Cuando despiertes vas a tener esto dentro de la boca –me mostró una media luna de caucho–, esto es para que no te muerdas la lengua. Va a estar encendida la luz de cirugía, mírala, es muy potente –encendía y apagaba una luz que estaba encima mío– y que era tremenda: la encendía y me cegaba y la apagaba y quedaba viendo como verde. Todo pasaba rápido.

Continuó diciéndome: no te vayas a confundir o a asustar. Esta es la luz de la cirugía y no el túnel de la muerte; yo creo que eso fue lo que pasó con tu tía, que despertándose se confundió de luz y se murió del susto.

Escuché una risotada detrás de mi. Volteé. Vi a mi tía apretándose el delantal. Ella no estaba sola, otros dos espectros estaban a su lado pero no pude identificarlos, solo supe que estaban ahí y que nadie más lo sabía.

Le dije que yo realmente no sabía si las historias clínicas de mi abuela y de mi tía influían en mí porque yo sospechaba que no era hija biológica de mis padres. Dijo que no importaba, que mi riesgo era real.

Continuó:

Cuando despiertes vamos a estar todos aquí y vas a sentir dolor, vas a sentir todo el procedimiento en carne viva porque debemos esperar a que despiertes de la anestesia para ponerte otro medicamento para calmar el dolor. Por favor, tenemos que contar contigo y con tu ayuda... Debes estar tranquila.

Quería salir corriendo y morirme sola en mi casa, esperar que el fuego me consumiera parada en mi ventana. Vi que encendieron los equipos, vi el respirador artificial funcionar y entonces le dije que yo iba a estar tranquila pero que él debía prometerme que no iban a reanimarme si presentaba la falla cardiorespiratoria. Se quedó mirándome y le dije que se lo exigía, que si quería le firmaba algún documento aclarándolo.

Me dijo: hay un breve lapso en el que alcanzaríamos a reanimarte. Te prometo que no vamos a intentarlo después de dos minutos que es cuando el cerebro empieza a sufrir fallas irreversibles; te lo prometo.

Le dije que yo quería hablar con el cirujano, él lo llamó, que venga Pájaro Corredor, se reía tratando de distensionar la sala y me decía que esos eran los apellidos reales del cirujano y lo llamaba mientras todos en la sala y hasta yo nos reíamos, Pájaro Corredor, gritaba... Intentó desviar la conversación para tranquilizarme, me preguntó por mi profesión y mi trabajo, dije: ¡artista! Encendió música en el quirófano, me dijo: relájate. Yo insistí en hablar con el Pájaro Corredor, volvieron a llamarlo, me acomodaron la careta de oxígeno.

...

Mi cuerpo brincaba y empecé a gritar: ¿Por qué brinco? ¿Por qué brinco? ¿Qué me pasa?

Dijeron: ya terminamos, te fue muy bien, brincas porque el quirófano está a muy baja temperatura, mientras me ponían una manta térmica brillante encima. Me movían hacia una camilla, no vi la luz del tunel encima, ni tenía la media luna de caucho en la boca y no reconocía a nadie.

En medio de la confusión, me inundó un dolor tal que no me alcanza el lenguaje para describirlo y sentía que hacía fuerza, que apretaba con todo mi cuerpo.

Dejé de brincar pero no podía quedarme quieta del dolor y gritaba que me dolía, que hicieran algo, que no podía soportarlo. Me sujetaban y me decían que estaba tumbando la manta, que recordara que debía estar tranquila, pero yo, en medio de semejante dolor, no podía recordar nada. Creo que si me preguntaban cómo me llamaba respondería: ¡Dolor! ¡Dolor! ¡¡¡Dolores!!!

Por favor póngame algo, háganme algo... En ese momento una enfermera miró su reloj, pidió permiso al anestesiólogo y él con un gesto asintió, alistó una jeringa y dijo:

primera unidad de morfina. Introdujo la aguja en el catéter que tenía en mi brazo y sentí que algo entraba en mi cuerpo de golpe, era como si me estuvieran estirando todo el cuerpo, como si me elevaran momentáneamente, como si mi cabeza estallara y mis pupilas se dilataran. Apenas sacó la aguja se me pasó la dilatación. Volví a gritar: me sigue doliendo mucho, es insoportable, no lo aguanto. Me pusieron más morfina y más... Cada vez mi cuerpo se relajaba momentáneamente pero el dolor no pasaba.

Hasta que me dijeron: ya tiene seis unidades de morfina, tiene que aguantarse, no podemos ponerle más, es la dosis máxima para su peso, puede parársele el corazón y yo imploraba: ¡morfina, por favor, morfina!

Me sacaron del quirófano y me llevaron a una sala. Me dejaron sola y veía a todos pasar... Vi que el anestesiólogo sacó un frasquito transparente, con un líquido también transparente y unos bolitas amarillentas adentro. Le pedí que me dejara ver, me respondió que era la biopsia y se la entregó a alguien más para que se lo llevara. Sacaron el frasquito transparente de mi mirada; tanto había esperado para que las bolitas desaparecieran ante mis ojos sin resolver mi intriga.

Mi tráquea torcida, no podía tragar saliva, no podía humedecer mi paladar sin sentir un profundo dolor. Los hombros pesados como una roca, el cuello apretado, la voz cansada. Un dolor ardoroso.

Delirio y dolor, palabras sueltas y caprichosas, miedo a la soledad, a la oscuridad. A la muerte. Miedo a la vida misma.

La existencia me dolía a cada respiro, a cada suspiro.

La cama está torcida, yo misma estoy torcida, necesito que me enderecen cada veinte minutos, que me rasquen la mejilla, me acomoden la almohada, me pongan aceites humectantes en la piel descamada, que me ayuden a masajear la carne adolorida, que me abracen en silencio, que me consuelen, que me recojan el cabello, que me ayuden a comer, a sentarme... Ya no soy yo, ya no estoy aquí.

La imagen:

Un pequeño camino en medio de la vegetación con muchas ramas. Me veo caminando, veo mi espalda, veo mi ritmo al caminar. Siento miedo, el cuerpo me brinca, alguien se acerca y no puedo verlo, viene por detrás, puedo sentir la temperatura de su cuerpo. Una punzada aguda en la nuca. Caigo de rodillas, llevo mi mano izquierda a la parte

derecha de mi nuca, toco la sangre saliendo a borbotones, cálida, tibia. Me miro la mano enjuagada y me desgonzo hacia delante.

Sueño constantemente con una puñalada en el cuello, me partieron el equilibrio.

Mi amiga no me dice nada cuando le cuento el sueño. De día constantemente siento que me estoy deslizando, que estoy torcida, que me caigo de la cama, que camino torcida. Y en las noches sueño que vienen acechándome. Brinco y me despierto en la mitad de un suspiro, del susto. En la mitad de una imagen de pánico.

24 de mayo de 2015

Quieren silenciarme.

Hay una operación militar que toma mi cuerpo y cierra mis posibilidades. Una guerra interna obstruye los canales de comunicación. Mientras vibro todo dentro de mi necesita gritar, comunicarse, pedir auxilio. Los mensajes que llegan a mi cuerpo son erróneos, tengo el aire, el ruido, los gritos, las palabras estancados en mi cuello. Tengo la necesidad de enviar una comunicación, un pedido de auxilio, de exteriorizar este autoataque de mi cuerpo. Pero justamente mis palabras están apresadas por esta falla de mis defensas y mi brazo derecho no responde.

¡No responde! ¡No responde! ¡No responde!

¡Es mi brazo derecho! Mi mano, mi garganta, mi cuello, mi voz.

Todo destila un humo gris, es carne calcinada después de la batalla o en medio, ardiendo, doliendo...

Hace días que no puedo mover los dedos porque me produce dolor en toda la extensión del brazo, en realidad muevo casi nada, pero el dolor que me produce mover mi mano derecha es realmente aterrador, creo que mis vías de comunicación están siendo atacadas. Escribo estas breves palabras lentas a una mano. A una torpe mano.

Junio 3 de 2015

Han pasado muchos días, la espera se alarga, aún no puedo mover mi mano. Me salió una bola en la herida de la cirugía, creo que me hace doler más el brazo.

¡¡¡No puedo escribir, no puedo hablar, no puedo decir!!!

No puedo sostener la cabeza y cuando trato de estar sin que me la sujete una almohada, los músculos del hombro empiezan a brincar, los músculos del cuello se tensionan, se aprietan. Siento que pueden reventarse mis puntos de la fuerza que hago, mi brazo y mi hombro derecho parecen extranjeros de mi cuerpo, una cortada horizontal en la nuca y el cuello marca la división entre el brazo y el cuerpo. El nervio del brazo fue cortado y el brazo está nervioso, está paniqueado, le da susto estar de rienda suelta, le da miedo no estar amarrado a ese lazo que lo dirige desde el cerebro. Pero es mi propio brazo derecho, mi mano derecha la que no le lleva rienda ni nervios al cerebro. En estas palabras que suelta, escribe exiliada, ahogada en el dolor, la torpeza, la lentitud, la dificultad. Escribe a pesar de eso; tal vez por masoquismo, narcisismo o solo como terapia de movimiento.

Junio 10 de 2015

Ya ha pasado casi un mes, no puedo moverme. Con dificultad miro la pantalla del computador y escribo a una mano. El cuerpo se me está secando.

Necesito ayuda para ir al baño, para comer, para vestirme, para bañarme, para prender el computador, para apagarlo, para moverlo, para pararme, para sentarme.

Vivo en una cama extendida como si fuera una mesa. Ubico cerca las cosas que necesito con frecuencia: el computador, la maleta, un saco, pinzas del cabello, el cargador del celular, un libro, una chaqueta, algunas cosas que pueden ser útiles están enfiladas sobre la mesacama, yo extendida a un lado con todo a la mano para jalarlo.

Agosto de 2015

Ya no sé cuantos días llevo sentada, los músculos del hombro derecho se me están secando, soy presa del dolor la mayor parte de las horas del día. Casi no puedo hablar sin incendiarme y no puedo escribir mucho más que lo que una mano cansada y adolorida logra, la otra mano está devastada y herida.

Agosto 30 de 2015

Quiero hacer un laboratorio del cuerpo en llamas, del cuerpo en la extrañeza. Fue un deseo tan intenso que me levantó de mi letargo, de mi enfermedad, de mi lecho moribundo... Atravesaba meses extraños y recordaba el día en que me despedía de México en mi primer viaje en julio del 2014; un amigo me preguntaba qué seguía en la ruta. Por esos días yo intuía la enfermedad pero todavía gozaba de la voluntad de mi cuerpo. Me eché un mezcal a la boca y en medio del sabor agudo y del delirio le pregunté si recordaba que en mi trabajo anterior, *Lo mejor es que nos olvidemos*, hay una imagen de mi padre, el militar, el campeón de tiro, el que había pasado por la tragedia, por la avalancha. Me respondió que lo recordaba. Le dije que sentía que debía seguir buscando esa imagen de mi génesis: desentrañar 1985, año de mi nacimiento y del horror del Palacio de Justicia de Bogotá, de la avalancha de Armero, veo a mi extraño nacimiento, la extrañeza de mi vida y esos hechos trágicos como síntomas de una enfermedad que me carcome, una enfermedad que se come mi cuerpo y que a la vez se come el cuerpo del Estado. Una enfermedad loca en la que todo se desconfigura, se desprograma y uno termina atacándose, autoatacándose. El Estado termina atacándonos.

En julio del año 2014 regresé a Colombia.

La inflamación no cesaba. Creía que las bolas se habían llenado no solo de toda mi humedad, mis lágrimas, sino también de mi miedo. ¿Qué iba a hacer ahora en la mitad de un panorama que me exigía sana, regia, confiada? ¿Qué hacía ahora que mi cuerpo se sentía cansado, débil?... Antes del viaje había visitado muchas veces al médico en Bogotá y siempre tenía las mismas respuestas: que una inflamación de los ganglios era normal, que se inflamaban hasta porque uno se pintaba el pelo y yo no tenía pintado nada, todo estaba de color opaco. No entiendo a qué venía el ejemplo, o más bien sí: venía a que en este país lo más regular es aparentar ser otro, de otro color y si se es crespo es mejor ser lacio, si se es gordo mejor flaco; si se es negro mejor ser valiente, si se es indio mejor quedarse resguardado, si se es mujer lo mejor es ser bonita y si es bonita, ¡que el señor la proteja! Nunca tuve respuestas satisfactorias sobre mi inflamación. Si se está enfermo, mejor hágase el aliviado porque los que están a tu lado te van a empezar a ver como alguien débil, como una carga, que cansa, que fatiga...

¡Si usted es el débil, tiene que ganar de fuerte!

Septiembre de 2015

Suena mi celular, estoy en el supermercado, tengo un carrito de mercado que arrastro en la mano izquierda, llevo una mochila colgada en el mismo brazo, suena el celular, y con el mismo brazo trato de responderlo. No alcanzo a contestar, el carro se cae, un frasco de aceitunas rueda por el piso, lo alcanzo, me agacho a recogerlo y cae mi celular y se destroza en pedazos.

Recojo los pedazos y los pongo en mi mochila, recojo el frasco de aceitunas, lo pongo en el carrito de mercado y lo dejo en la entrada del supermercado.

Armo el celular y devuelvo la llamada, me contesta mi papá:

Él: Hola hija ¿Qué hace? La llamaba para saludar.

Yo: Trataba de comprar algunas cosas.

Papá: ¿Y cómo va con el bracito?

Yo: Bien papi, ya lo muevo más, ya puedo subirlo.

Papá: ¿Y la terapia?

Yo: Por eso puedo subirlo, por la terapia. ¿Y usted cómo está?

Papá: Yo bien, trabajando y trabajando, le voy a pasar a su mamá.

Mamá: ¿Hola hija cómo sigue?

Yo: Bien mami, ¿y tú?

Mamá: Bien hija, aquí pensándola todo el día, ¿cómo ha seguido? ¿Le ha vuelto a dar esa mugrera?

Yo: ¿Cuál mugrera mamá?

Mamá: Esos desmayos.

Yo: No mami, por estos días ando bien de la mugrera.

¿Cocaína? Jamás en la vida he metido cocaína. No lo creerán porque soy colombiana, y además artista... Ganas no me han faltado, pero he vivido presa del terror, tiendo a ser viciosa, lo sé. ¡Cocaína! ¡No! Nunca la he probado, qué le digo, es que mambeé, con mambe, una preparación indígena de la coca, pero ¡no es cocaína! Es una preparación indígena. La cocaína no la puedo pasar en una maleta de mano cuando viajo en avión, en cambio, el mambe que es un polvo de coca verde brillante, reluciente, que da energía y calma los dolores y me acelera un poco, sí lo puedo pasar, mire el frasco.

Médica: En fin, ¡la coca te hace desmayar! Sí, pero no la cocaína porque yo nunca he consumido cocaína, la coca que he consumido es verde y no blanca, lo único blanco que he consumido han sido esas drogas que ustedes me administran y que siento que me van matando de a poco, y he consumido el polvo verde, las hojitas brillantes y no solo de la coca, también de marihuana para calmar mi cuerpo de todas esas drogas que ustedes me meten y además para calmarlo de todas las filas y los gritos. Es decir, me meto el mambe para que me active y la marihuana para que me calme. Me activo y me desactivo, un energizante y luego un tranquilizante. Pero ya no pude volver a usar el polvito verde brillante, que calma el dolor y da energía cuando no puedo probar bocado porque esa medicina que ustedes me dan me causa vómito, y náuseas y no puedo comer... Pero esa hojita que me energiza ya no la puedo consumir... Me desmayo, eso es lo que le digo, ahora solo consumo calmantes y sí, son también hojas verdes y flores naranjadas como el fuego que me tranquilizan...

Hay un problema terminológico que estigmatiza. Fíjese: yo soy una artista de 30 años, peleada con el sistema y que necesita consumir marihuana para el dolor, para las náuseas, para dormir y hasta para comer. Eso ya es suficiente estigma. Me he sentido tratada como una de más, escondida, al margen de la ley, como si fuera una guerrillera cada vez y usted sabe que en este país eso es casi una condena de muerte. Solo he buscado alternativas porque todo lo que ustedes me están haciendo es matarme y yo lo que hago es tratar de anestesiarse esta muerte lenta y sádica que me practican... Y me suma estigmas... Y nos suma a todos los que no estemos establecidos, normatizados, perfumados, arreglados, peinaditos...

Imagínese que hoy miércoles es el 6 de noviembre de 1985, y que me tomo un café mientras espero para ir a esta cita. De pronto estalla un tiroteo y nos anuncian que es la guerrilla.

¿Usted cree que si hoy fuera la toma del Palacio y yo por casualidad estuviera tomándome un tinto ahí y todo estallara frente a mis ojos y vinieran a requisarme y yo en la maleta tengo la historia médica y ahí dice que yo consumo marihuana y cocaína... usted cree que habría sobrevivido?

¿Usted cree que ante los criterios de estandarización y regulación los que somos particulares estamos a salvo?

¿Usted cree que estoy exagerando?

Esto es un ejemplo de la vida real y usted está exponiendo mi integridad, yo no sobreviviría a los criterios de selección... ¡Muchos no sobreviven!

Artista: guerrillera

Opositora: guerrillera

Gritona: guerrillera

Marihuana: guerrillera

Justiciera: guerrillera

Despeinada: guerrillera

Campesina: guerrillero

Trabajadora de una cafetería: guerrillero

Comediante: guerrillero

Idealista: guerrillero

Guerrillero: ¡terrorista!

Terrorista: hijueputa

Cocaínomana: ¡guerrillera! ¡Narcotraficante! ¡Colombiana! ¡Putas! Zorra! ¡Prepago!

¿Mamacita cuanto cobra?

¡No! Nunca he metido cocaína, no me puse tetas, ni culo, ni me pinto el pelo. Me pongo lentes de contacto porque no sé qué es lo que no he podido o no he querido ver, pero me estoy quedando ciega... Pero nunca he consumido cocaína aunque ganas no me han faltado. Mitemperamento adictivo y ansioso me da pánico. Yo nací así, como encocada, encocaínada, ¡encanada! Con el cuerpo ferviente, temblando. No necesito de eso. En cambio, por mi condición de vida y de nacimiento sí necesito calma, contrarrestar mi estado natural de encocada. Es un medicamento de múltiples vías. Me sirve casi para todo dolor incesante y para combatir las náuseas. Aparte de tomar vitaminas, esteroides y cloro para mantenerme, necesito marihuana, que es lo que más fácilmente recibe mi cuerpo.

Usted se escandaliza tanto cuando yo digo MARIHUANA, como yo me escandalizo cuando usted formula esteroides, barbitúricos o todas esas mierdas que me tienen

descompuesta... Así, estamos a paces: yo también estoy escandalizada con lo que usted es y hace...

¡No! No me crea tan pendeja, si yo no creyera en la ciencia no estaría aquí sentada sosteniendo esta conversación. Además es la ciencia la que demuestra las bondades de esta hierba por más de que a su mojigatería la escandalice.

Fui tirada, arrojada, estrellada al mundo en este frenesí cocainómano, ¡yo no la necesito!

¡No yo no! ¡Yo nunca he consumido, ni inhalado cocaína!

Coca sí: té de coca, pomada de coca, mambe, rapé, tabaco, marihuana, yagé, peyote... Sí.

Recorridos con mi padre

Junio 23 de 2015

Caminamos solos. A veces mi mano reposa en su brazo, me lleva de gancho, no paramos de conversar, o por lo menos yo no paro de hablar.

Nuestros pasos se coordinan... Hacemos planes mientras cruzamos la calle. Nos aproximamos al lugar en el que todo confluye. Su curiosidad no me sorprende, es la primera vez que tenemos tiempo para estar solos, siempre hay alguien más, siempre las conversaciones son cortas o compartidas, ahora está solo conmigo.

Caminamos hacia la Casa del Florero, tengo un contacto allí que me ayudará a encontrar archivos relacionados con el Palacio de Justicia.

En el camino me pregunta: ¿por qué te da tanta curiosidad?
Yo: no sé.

Hablo con mi contacto y decido entrar al Museo de la Casa del Florero. Él está de acuerdo.

Justamente hay una visita guiada, muchos niños con una curiosidad que les hace brincar los ojos. Cuando llegamos al famoso Florero de Llorente¹¹, todos, incluida yo, nos decepcionamos. ¿Es esa maricadita?, dice la señora a mi lado. Una pequeña porcelana antigua que no tiene forma de florero y que existen dudas sobre si realmente es el famoso florero.

Está altamente custodiado, dentro de un cubo de vidrio.

Mi pensamiento se va a la sala anterior en donde estaban los archivos que documentaban la memoria de la toma del Palacio de Justicia. Me impresionó darme cuenta de que no se ha aclarado nada, aún no hay condenados.

Pero sí hay condenas: el Estado está condenado.

Esa es la flor de ese florero, la desidia.

¹¹ El Museo de la Independencia - Casa del Florero, ubicada en la esquina noreste de la [Plaza de Bolívar](#). Allí se dio uno de los acontecimientos históricos más conocidos del país, el [Grito de Independencia](#) el día [20 de julio](#) de [1810](#). El 20 de julio se celebra la [independencia de Colombia](#).

Ese el aroma de ese año...

Aroma a muertos, a quemados.

A desgarrados

A ahogados

A aterrados

Aroma a flores de cementerio, a agua de florero...

La hediondez se funde en la atmósfera.

Se juntan el aroma y el miedo...

Imágenes ciegas pero ruidosas del incendio, de la avalancha, del desastre...

Un gran eco llega hasta nosotros, un eco que se mueve en una ráfaga de aire que trae las brasas de 1985: estamos respirando aire hediondo.

Otro día, regresamos al centro de la ciudad. Esta vez el destino era el Palacio de Justicia. Pasamos por la que era nuestra casa cuando yo nací. Un apartamento, creo que en un tercer piso, pintada la fachada de verde claro y los interiores de gris lúgubre; me cuenta mi papá que para la época el edificio era propiedad del ejército y estaba custodiado.

Estaba a la mitad de una cuadra que estaba a cuadra y media de distancia del batallón y a una cuadra del Palacio de Justicia.

Con el dedo me señalaba la portería por la que entraba al batallón, alcanzaba a verse aún desde el frente del apartamento.

Me cuenta que cuando sucedió la toma del Palacio de Justicia, él estaba en el batallón y salía ese día de vacaciones. Cuando le avisaron estaba arreglando todo para su salida.

Del apartamento nos dirigimos al Palacio de Justicia, entre las calles mi papá empieza a relatarme:

“Yo tenía que entrar a ese edificio, pero golpeaba la puerta y no me abrían, parece que no había celador, me habían mandado a llamar en ese momento desde el Palacio que estaba en silencio, empezaron a dispararme, yo corrí y me cubrí detrás de un carro que estaba parqueado ahí (señaló con el dedo más o menos ocho metros en frente suyo)... Luego empezaron a cubrirme desde el edificio y me abrieron la puerta. Cuando llegué a la terraza me regañaron por llegar tarde, pero le conté que yo era el que estaba abajo y me estaban atacando.”

Su mirada empieza a buscar entre los muros, a agudizarse: me muestra marcas de disparos en un muro, Estamos llegando a la plaza de Bolívar por la Carrera Octava... nos quedamos viendo las paredes del Palacio Liévano.

“Mira esto de aquí es un disparo, quién sabe de cuándo. (En la pared de loza de piedra, un pedazo chiteado, roto).

Mi papá dice que seguramente las marcas que tiene son de muchos combates.

Cuando busca las marcas en las paredes su mirada parece afinarse, busca con detenimiento.

Su relato se hace más agudo.

“El fuego se acercaba como diciendo ahí voy”, decía.

Me contaba que en medio del calor y del olor a quemado y el humo, se escuchaban voces desgarradoras, voces que salían de las tripas, mientras el fuego arreciaba y él planeaba la forma de pasar al otro lado de las llamas.

En medio del calor de las llamas miró hacia abajo y sabía que si se tiraba desde la azotea del edificio no sobreviviría. Cuando la escalera llegó, ya estaba a punto de correr para atravesar las llamas, con la sangre bombeando muy rápido, con el ardor en la carne, con el dolor en la piel. Pasar hasta el lado donde todo estaba quemado, hacer parte de lo quemado.

Era como si una barrera de fuego dividiera el pasado y el futuro, en el futuro todo negro y quemado, gris, lleno de humo, ardiendo, revolcándose los cuerpos, freaks. En el pasado aún se podía ver el Palacio a colores.

El fuego, la gran llamarada que camina, como decía mi padre, iba instaurando ese presente, iba dejándonos ese futuro, risas tiznadas, voces temblorosas, cuerpos adoloridos, memorias devastadas de tanto repasar los mismos recuerdos.

“Las llamas iluminaban el fuego sobre el edificio devastado. Los bomberos, que impotentes habían estado esperando en la esquina de la plaza, empezaron a movilizarse. Había muchos soldados, algunos heridos, atrapados en el techo ardiente. Las grandes escaleras entraron en acción y con enorme dificultad debido a las llamas y al viento, (...).”

“Las imágenes mas claras de sus últimos momentos, llegan del testimonio de un soldado (en realidad era...) que fue testigo del final de la batalla; equipado con binóculos infrarrojos, vio a través de una claraboya en el techo todo el corredor del cuarto piso hacia el norte hasta las trincheras por fuera de la esquina del salón de conferencias; tuvo una vista parcial de la parte norte del corredor, de oriente a occidente. Declaró que, debajo de donde estaba parado, vio la última descarga de las armas de la guerrilla que disparaban desde las trincheras; luego vio a una persona desarmada salir al corredor de una oficina vecina y comenzar a arrastrarse por el piso. Cuando estaba observando el avance de esta figura arrastrándose con los codos por el corredor, vio una lluvia de balas dirigidas hacia él. Se lanzó de medio lado, lo cual le cortó la línea de visión. No vio más porque en ese momento llegó el general Arias y le quitó los binóculos. Se hincó para mirar la escena. Según él eran como las 9:00 o las 9:30 de la noche. Dijo que, aunque ya no podía ver, podía escuchar: oyó el sonido de las llamas que ya llegaban al tejado y los estallidos de la madera. Oyó las pisadas de la gente corriendo debajo de él. Oyó por encima de todos los demás sonidos, por encima del continuo estallido de las armas, los gritos de las personas atrapadas en las llamas que las consumían.”¹²

¹²Carrigan, Ana (2009). *El Palacio de Justicia, una tragedia colombiana*. Epílogo de Constanza Vieira. Bogotá: Ícono Editorial, p. 230.

Derivas

Junio 25 de 2016

Mi papá y yo masticábamos la planta aguantando el sabor amargo y escuchábamos cantos. Parecíamos saber cosas que estaban en el espacio y no alcanzaban las palabras, pero todo flotaba en la atmósfera.

El silencio nos inundaba, estábamos sentados uno al lado del otro, pero estábamos lejos, separados a mucha distancia el uno del otro.

Antes de entrar al Inipi, en donde se hace la ceremonia y reparten la medicina del peyote, estuve tomando fotografías... Iba a acomodarme debajo de un techo en una de las esquinas de la casa y caminé hacia el lugar, sin percatarme de que había una zanja en la tierra que estaba llena de alguna... Moje mi zapato...

frío, fresco, frío
nublado, ennuado, humado, ahumado, enhumado...

Fui a cambiarme de ropa a dejar la cámara y a alistar todo antes de entrar. Salí hacia el círculo con mi papá que me tomaba del brazo y le estaba contando que había “metido la pata” cuando... Metí el otro pie nuevamente en la zanja, pero esta vez saliendo de la casa... Ya tenía los dos pies mojados, emparejados...

Tambores, agua, tabacos, cantores y noche de fuego.

En la mañana en medio de un llanto que no paraba de correr a chorros por mis mejillas, veía una luz que salía por la planta de los pies y que se fundía con la tierra o que se proyectaba no solo desde mis pies sino de los pies de los otros y que era como los rayos...

Que mojarse los pies es protegerse, cerrarse, sellarse...

Ese fue el día en que le dije a mi papá: “He decidido tratarme con medicinas tradicionales, voy por ayahuasca y peyote”. Él me mira confundido.

Continúo: “Acaban de formularme esteroides de por vida... ¿Qué es eso, qué es una vida con un medicamento que te quita la vida?”

Disculpen mi ritmo, estoy respirando lento (escribe Miguel Servet)

Como un golpe de dados se resolvió todo el asunto referente a mi sangre... En ese momento se alteró mi respiración, desde entonces trato de controlarla. Sin embargo, siento mi cuerpo en reposo, tengo que decir que me he sentido aliviado.

Yo tampoco me sabía científico ni teólogo, ni sabía que volvemos varias veces a la vida. Yo creo que tengo una vida nueva, no había venido antes a la vida, hasta ahora empiezo el camino y he tenido que transmutar después del fuego que incendió mi cuerpo, para ser, hoy mismo, yo mismo, con mi propia sangre, la misma que se coaguló en el incendio.

Como es la misma sangre la de San Genaro que trasmuta cada año.

En una ceremonia sagrada vi que soy fuego, soy de fuego, y en otras ocasiones había orado al Dios del fuego y me había sorprendido pensando en que era una alucinación.

El incendio que desató, lo hice a través de mi aire, fue mi respiración. Grité, lloré, me afilé las uñas y conocí el poder de los dientes. No respiraba, resoplaba como un animal con miedo ante el fuego que venía y con ese aire descontrolado en mí, avivé mi fuego; lo llevé a la batalla para mantenerlo vivo. Le mandaba bocanadas de aire de vez en cuando para que subieran las llamas y duraran hasta la próxima carga de aire y a veces esas bocanadas tomaban un ritmo agitado. Fue tremendo el incendio, se veía desde todas las ventanas de los edificios de los alrededores del centro de Bogotá. Una querida amiga me contaba que ella fue testigo de ese fuego sin saber que yo ahí me incineraba, sin saber que ahí se desató la batalla en mi cuerpo; que ella veía como si fueran fuegos artificiales el gran incendio en el que se calcinó mi cuerpo y el de tantos otros. Eso es lo que ahora investigo: si mi sangre se fundió en ese incendio en 1985, el origen del ardor, de las llamas. El año en el que hirvió la tierra y se fundió en mil almas.

Me quemé porque no avivé mal mi fuego, no supe mantenerlo estable, se consume mi cuerpo como leña en la llama que genera mi propio cuerpo. La furia que había en mí, la extrañeza, la ranciedad; solo así había aprendido a mantener ese fuego: soplando a toda prisa. Y es que tenía miedo de que se apagara y pensaba que más valía una llama alta en el corazón, pero cuando arde uno grita y el cuerpo se retuerce, y la piel se hace cauchuda y todo arde en el cuerpo, duele y es insoportable la existencia, no se puede querer una llama grande cuando no se conoce el incendio, el fuego.

Creo que trasmuté en el fuego y pude conducirlo para que dejara de quemarme, o al menos ahora me quema menos.

La ciencia me ayudó –la cual, insisto, tiene que ver con la teología– a borrar mi memoria. Quizás es por eso que no recuerdo lo que fui antes del incendio. Gracias por recordármelo, me alegra que por fin esté establecido que corre sangre por mis venas, porque fue la sangre la que me trajo hasta acá, me jaló. Pues "la sangre jala porque jala".

El 2 de agosto de 2016, casi 31 años después del incendio, fue determinante: ese día supe que mis investigaciones habían sido mi gran teatro. Se investiga tanto en el arte como en la ciencia, uno nunca sabe con qué se va a encontrar, ni se sabe el método, todo se descubre en el camino, en la deriva y al arribar. La dramaturgia de lo cotidiano se tejió ante mis ojos y con mi vida, me hicieron parte del elenco. No sabía. Y no sé mi destino, nado en suposiciones, sigo investigando...

Mi cuerpo sigue enfermo, lleno de coágulos de sangre, de bolas nudos brasas que se armaron e invadieron. Sigo tratando de regular la llama.

Antes del incendio le daba más mérito a las respuestas de la ciencia que a las de la teología, pero he comprobado, a través de la batalla en mi cuerpo, que la sangre se puede contaminar con algo que no es producto del azar sino de la escritura que todos llevamos en la sangre: se hereda de los padres, incluso aunque ellos no estén enfermos. No solo los genes se heredan, ni solo una escritura: letras y números. No. Lo que se hereda se hace también, a través de los actos, porque a través de ellos se desatan fuerzas impensables.

Perdida la conciencia, y aunque el ritmo de la sangre pareciera vaticinarlo, a veces nuestros ancestros han hecho hervir su sangre. Por momentos la sangre que circulaba por sus cuerpos fue tan efervescente que algo se dañó en ella, se coaguló, se fundió lo que no debiera y sus próximos hijos no solo a través del líquido rojo heredan los coágulos, también lo hacen a través del calor que irradian las llamas, no porque sea la maldad la que las aviva; es también el miedo, la angustia, la incertidumbre. Se respira con tanta rapidez y el fuego arde tan fuerte, son tan grandes las llamas cuando no se administra bien el aire que la llama quema ojos y pestañas, enceguece, los corazones brincan y las fibras de los músculos se funden y su textura parece de caucho. Es por eso que es difícil encontrar fibras intactas y a veces ese fuego se apaga. Sin embargo, todos sabemos que basta una chispa de carbón, una partícula encendida para avivar un fuego y encenderlo de nuevo; hace falta entonces trasmutar para que lo quemado

vuelva a ser fibra y no el caucho que genera un humo hediondo que va al aire que los otros respiran.

Esa batalla de los cuerpos quemados y desolados desata la acidez en los cuerpos de los hijos, la efervescencia de la sangre. La enfermedad no proviene de un azar. Es una batalla en el cuerpo, el cual convoca a todas las fuerzas. Pero la batalla no se libra solo por la vida, por mantenerla en este territorio. No se libra solo para que la sangre circule. Es librada para que durante la deriva, por el tiempo que dure, pueda dejar de hervir la sangre, para que no produzca humo de caucho hediondo.

Me quemaron los hediondos y yo ayudé a avivar el fuego. Ahora no me imagino lo que me hubieran hecho los cauchudos, lo que me harían los hediondos si en otro tiempo hubiera dicho lo que hoy afirmo, y es que algunas de las sangres que corren por las venas son negativas y otras positivas. Hago esta afirmación pensando más en teología que en ciencia y es por eso que la sangre de San Genaro sigue reverberando año tras año.

No me sabía teólogo, como le dije, tal vez la ciencia colaboró en ese olvido, tal vez me cegó a través de mi razón. Pero lo que es cierto es que uno es más cosas que lo que la razón alcanza a concebir.

Los últimos días de este tiempo pasan como en un túnel estridente que gira y yo estoy dentro, un túnel que está debajo del volcán que en 1985 cubrió a Armero y a mí me resguardó.

Recuerdo que conocí a Armero, o lo que quedó de Armero después de la avalancha causada por la erupción del Nevado del Ruiz a escasos días de haber sucedido el Holocausto del Palacio de Justicia; recuerdo, digo, que estudiaba música y me dio la sensación de que era un lugar muy propicio para que los sonidos desconocidos fluyeran. Recuerdo que pensé que, en ese inmenso silencio, un compositor cargado de la sensación de que algo más que lo físico habita en ese espacio, compondría en esta época y en otra un *Réquiem*, aún si no supiera lo que había pasado allí, aún si le arrancaran de la mente el significado de la palabra "réquiem". La partitura que fluiría en ese lugar sería la que le corresponde. Un *Réquiem* por el año 1985 y todos nosotros los hijos de las cenizas que bajo el volcán cayeron, los hijos del holocausto en el que ardió mi cuerpo.

Pero la música del Holocausto del Palacio de Justicia sería muy estridente. Esa música no se ha compuesto, no se conoce, no es un *réquiem*, no es la resignación de la tragedia en un campo santo, no. Es la tragedia misma dibujada en un edificio, impregnada en el

piso, derramada, calcinada, jugada, pisoteada la sangre. Los fantasmas salen, vuelven las mismas sangres de ayer, mi sangre y la de los hijos todos los que habitan las ruinas, emergen los fantasmas y los muertos.

Ecos y voces, viento enfurecido, aire del pasado.

Llanto

Gritos

Metal fundiéndose

Vidrios reventándose

Serían, en el fondo, el eco de la armonía de la tragedia...

Murmullos de auxilio...

Dejé de soplarle a la hoguera que se encendía dentro de mí, a esa fuerza que bombea mi sangre. Ahora soplo con calma, soplo como si le soplara a una llama de una vela, manteniendo constante el aire que aviva a la llama.

El incendio en mi cuerpo está cesando, ahora es una llama que tiende a apagarse, una llama que cuido y siento sus manos, las de ustedes, querida audiencia, alrededor de mi corazón, cubriendo esa llama para que otros aires, los aires encontrados, no la apaguen. Mi vida está dispuesta a sus corazones.

Escritura en el desierto

Caminaba, buscando flores verdes, redondas... la tierra naranja, los arbustos con algunas hojitas medio secas, y ahí, debajo de esos arbustos, entre la arena del desierto brotaba este gajito almidonado, amargo, de sabor acentuado...

Se puede comer, pero no se puede cargar, no se puede transportar. Se corta y se come de inmediato. Su efecto no es solo alucinógeno, es medicinal...

Lo probé. Estaba con mi padre, aquella vez no caminábamos, estábamos sentados uno al lado del otro, pero en medio de todo y aislados, lejos del otro.

Cara, cara, cara,
 En el desierto, otra cara, rostros...
 Ojos en todas partes
 Entre las rocas, en el piso
 Me contaron que en los pies,
 en la planta, hay unos ojos...
 Que a tientas ven los pies desde la intuición,
 ¿En dónde poner el pie?
 Se daba como una danza que tanteaba el piso, rozaba con mi pie en la danza
 "Cómo no meter la pata"
 o chuzársela, o cortársela...
 Pero caminaba buscando sólo con mis ojos
 la huella de un venado.
 Encontré grandes huellas
 pegadas
 anclas a la tierra.
 Recuerdo la tibieza en sus húmedas raíces,
 su sabor amargo,
 sus imágenes.

Todo son imágenes, como pantallazos del desierto, recuerdos casi fotográficos y fotografías, escrituras que son todas imagen.

Decidí seguir los huecos de las piedras, que como ojos que saltaban y se abalanzaban sobre mí me miraban...

Como espíritus en la roca que cobraron imagen a través de huecos, surcos, ojos; mis manos seguían las líneas y trazos que ya estaban en la roca.

Cara de serpiente, que te ríes frente a mí,
Absorbida en las estrellas de la noche
Un dragón que hace fuego
bajo una roca incrustada, parece un lucero suspendido.
Se arrastra sigiloso.
Parece que tiene cola de rata, ojos de camaleón, cuero de serpiente, regazo de dinosaurio, con los dientes del Señor de la Noche incrustados en la espalda.
El Señor de la Noche cuida los dientes y los luceros.
Dicen que soñarse con dientes es temerle a la muerte.
El Señor de la Noche todas las noches sueña y se desvela con dientes...

Veía cuerpos como masas que se alzaban del valle de las huellas.
El desierto está lleno.
No está desierto.
Se alzaban pares de ojos saltones.
Esas masas tenían más que un par cada una.
Muchos pares de ojos saltones en cada gajo de la masa
Veía por todas partes.
El dragón engullido por la noche.
Dragones engullidos.

Desde ese lugar del lucero, cuarzo
Incrustado en la roca; es que dibujaba
¡Desde un lugar brillante, liso, brillante!
Algunas puntas en esa imagen brillante desde la que dibujaba
me brillaban en los ojos con el sol
Desde que empecé a dibujar en la piedra, los ojos con los que me miraba no me dejaron escapar de la línea que seguía.

Mantuve el fuego durante toda la noche, como una ofrenda hasta que el sol asomara.
Después dormí bajo el sol caliente. Reconfortantes los rayos del sol entraban en el cuerpo, después del contraste frío de la noche, contrastado con el ardor del fuego...

En las noches recuerdo aullidos de coyotes que rodeaban el tanque de dolores en el que estábamos, un tanque que seguro fue una laguna y ahora es solo un pequeño brote de agua. Seguramente los coyotes y otros animales se abastecen de ese brote de agua en la noche, tal vez sus aullidos reclaman territorio.

– Seguro que están entrando a tomar, seguro que los tenemos más cerca de lo que pensamos, dice Antonia, una de las mujeres con las que acampo.

Son animales sigilosos.

Muchas estrellas brillaban en el cielo, yo me dediqué a mantener el fuego.

El viento arreciaba y la madera era muy liviana, como espuma que se consumía en un segundo, levantando pequeñas brasas.

Brasas al viento que parecían volar y mantenerse en el aire, como aquellas que se han mantenido por años suspendidas en el aire.

Apenas amanece, me echo sorbos de agua amarga pero fresca a la boca, amarga pero limpia...

Estoy al lado del fuego aún encendido, es una fogata pequeña, con un canal de ceniza hirviendo que la resguarda.

La fogata tenía forma de flecha y no estoy segura pero creo que señalaba al occidente. Veía salir el sol por el frente entre montañas tremendas. Yo ocupé toda la noche ese lugar al que señalaba la flecha.

El lucero, creo que se llamaba así una de esas montañas que rodeaban el tanque de dolores, no era extraño que me encontrara en una roca llena de ojos, un dragón custodiando un lucero, por ese cerro lucero sale el sol en la mañana y se dibujan increíbles olas en el cielo, brillantes colores vibran en las nubes y si no hay nubes, es el cielo el encargado de albergar los tenues cambios de temperatura... del azul al naranjado... del verde de la montaña brota el naranja como naranja brillante que tiñe todo el cielo...

Trataba de dibujar o de escribir, pero vibraba el cuerpo en el calor, el cuero de mi cuerpo como el de los tambores se templó al lado del fuego, piel y cuero templado, y el cuerpo vibrando, la sangre salpicando, todo en movimiento, el ritmo, la danza de mi propio cuerpo a la deriva.

Cantamos y aullamos en la mitad de la noche con el cuero de la espalda templado.

¿Quiénes son acaso, estos que me acompañan? ¿Con quién estoy? ¿Qué quieren? ¿Qué quiero?

Espero a que todo lo que vibra se reacomode, que se caiga lo flojo y quede solo el armazón, ya nada importa lo que está afuera, son solo los huesos, los esqueletos y los recorridos; los mapas.

Todo líneas.

Me concentro en las líneas de mi libreta, sigo la línea de las palabras... ¿Acaso no puedo simplemente mirar al horizonte?

El sol ilumina rosado y naranja. Todo es brillante en el cielo y las montañas parecen de un verde que vibra y hay azules y naranjas.

Mantener el fuego a la noche abierta, al cielo abierto, al desierto abierto, en medio del Tanque de Dolores¹³, no el del espacio, que parecía como un cráter, el tanque de dolores que se mueve con nosotros, que está escrito, tinturado.

Cuerpo líneas y escrituras, imágenes yuxtapuestas, los paisajes en los ojos, el olor en el pecho, en la garganta los frutos jugosos. Amargos pero jugosos.

Tierra árida, naranja, nopales y matorrales, camuflan bichos que se mueven entre el verde y el naranja. Un camaleón muy pequeño apareció delante de mi mano y cambiaba de color de tal forma que replicaba exactamente a la superficie sobre la que necesitaba camuflarse. Rápidamente, se hizo del color de la tierra, y movía de un lado a otros sus ojitos; era tan pequeñito.

Recuerdo a un profesor en mis primeros semestres universitarios, contándonos por qué era tan difícil hablar con la familia sobre temas trascendentales, decía que el conocimiento es también una condena. Parecía decirlo con conocimiento de causa.

El conocimiento nos condena a saber, después de que uno sabe no se puede hacer el pendejo, ni hacer de cuenta que no es con uno... Por lo menos yo no... Ayúdame cuerpo mío a esquivar esta sensación, como esquivó mi padre el silbido de las balas...

Decía mi profesor que hay ojos demasiado tiernos para verdades demasiado duras.

Tuve ojos de cordero camino a ser degollado. Pero las verdades duras llegaron. Y ahora tengo los ojos permanentemente abiertos, como si me fueran a echar gotas. Ojos de camaleón para camuflarme en cada espacio.

Seguimos esperando un milagro.

¹³ Tanque de Dolores es un espacio abierto ubicado en el desierto de San Luis de Potosí en México.

Bibliografía

Agamben, G. (2010). *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia: Pre-Textos.

Antonio Caballero, Alfredo Molano, Héctor Rincón, Ana María Cano, Ricardo Silva Romero, José Navia, Armando Neira, Juan David Correa y Jorge Cardona. (2015). Miércoles 6 de noviembre. La herida Vengada. En 1985 La semana que cambió a Colombia, pág. 35. Bogotá, Colombia: Semana libros.

Barthes, R. (1980) *El placer del texto*. Siglo XXI editores.

Benjamin, W. (1982) *Tesis de la historia en Walter Benjamin Discursos Interrumpidos I*. Madrid: Taurus Editorial

Carrigan, Ana (2009) *El Palacio de Justicia, una tragedia colombiana. Epílogo de Constanza Vieira*. Bogotá, D.C.: Icono Editorial

Consejo Superior de la Judicatura, Corte Suprema de Justicia. (2006) Libro blanco – 20 años del Holocausto del Palacio de Justicia. Legis S.A., Bogotá, D.C: 2005

Deleuze, G. y Guattari, F. (1988) *Mil Mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Valencia España: Pretextos, sexta edición

Diégues, I. *Escenarios y teatralidades liminales. Prácticas artísticas y socio estéticas*. (consultado en septiembre de 2016) En: http://artesescenicas.uclm.es7archivos_subidos/textos/205/escearios_teatralidades_liminales.pdf.

García Márquez, G. (2013) *Cien años de soledad*. En: <http://aristobulo.psuv.org.ve/wp-content/uploads/2008/10/garcia-marquez-gabriel-cien-anos-de-soledad1.pdf>

Kafka, F. (2013). *Las preocupaciones de un padre de familia*. En: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/euro/kafka/las_preocupaciones_de_un_padre_de_familia.htm

Ossott, H. (2006) *Memoria en ausencia de imagen. Memoria del cuerpo*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Passolini, P. P. (2010) *Cartas luteranas*. Madrid: Trotta.